

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Enrique Plasencia de la Parra

“Lucas Alamán”

p. 305-348

Historiografía mexicana. Volumen III. El surgimiento de la historiografía nacional

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general)
Virginia Guedea (coordinación del volumen III)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1997

470 p.

ISBN 968-36-4991-2 (obra completa)

ISBN 968-36-4994-7 (volumen III)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_03/historiografia_mexicana.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

HISTORIA: SER NACIONAL Y DESTINO



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



LUCAS ALAMÁN

ENRIQUE PLASENCIA DE LA PARRA*

DATOS BIOGRÁFICOS

Lucas Alamán y Escalada nació en la ciudad de Guanajuato el 18 de octubre de 1792. Sus padres fueron Juan Vicente Alamán y María Ignacia Escalada, viuda de Gabriel de Arrechederreta. Su familia, dedicada a la minería, disfrutaba de prosperidad y era respetada en la sociedad guanajuatense. La llegada del primer y único hijo varón trajo gran alegría a la familia. El Intendente de esta ciudad, José Antonio Riaño lo motivó a estudiar ciencias naturales, artes e idiomas.

Cuando tenía 15 años murió su padre, pero lo que marcó para siempre su vida ocurrió a los 18, cuando presencié la entrada de Hidalgo en Guanajuato, y una de sus víctimas fue Riaño. La amistad que su madre tenía con el cura Hidalgo impidió que los bienes de la familia fuesen afectados.

Su mundo placentero y acomodado se derrumbó, y su vida tomó otro camino. Ante el temor de nuevos disturbios se trasladó con su madre a la ciudad de México. Ahí estudió mineralogía, química y botánica en el Real Seminario de Minería. En 1812 fue denunciado ante la Inquisición por tener libros prohibidos, pero fue absuelto. En 1814 viajó a Europa. Estuvo en España, Alemania, Francia, Italia e Inglaterra. Perfeccionó sus estudios de mineralogía, ciencias naturales e idiomas. A su regreso a México el virrey Apodaca lo nombró secretario de la Junta de Sanidad (1820). Al año siguiente fue elegido diputado a las Cortes de Madrid. Regresó a España donde redactó —junto con Mariano Michelena— una propuesta de autonomía para los países americanos. El liberalismo que profesaba en esa época lo calificó él mismo años más tarde como producto “del fuego de la juventud y de una imaginación viva”. A su vuelta a México se casó con Narcisca Castrillo (1823) con quien procreó seis hijos, cinco de ellos varones. En 1823 ocupó el puesto de ministro de Relaciones Interiores y Exteriores del gobierno provisional.

* Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

Continuó en ese puesto con Guadalupe Victoria. Logró el reconocimiento de la independencia por Inglaterra y procuró afanosamente el de España. Reorganizó el Archivo General y el Museo de Historia Natural. Por diferencias con el ministro de Justicia, Miguel Ramos Arizpe, renunció al puesto en 1825 y se dedicó a la minería y a la industria.

Vuelve a ser titular del Ministerio de Relaciones durante el gobierno de Anastasio Bustamante (1830-1832). Por la influencia que tenía, a este gobierno se le denominó “administración Alamán”. Se ocupa del problema de límites con Estados Unidos y de reglamentar la colonización de Texas; funda el Banco de Avío y fomenta la creación de una industria nacional.

Cuando Bustamante se ve obligado a renunciar, Alamán es acusado de ser el autor intelectual del fusilamiento de Vicente Guerrero. Tuvo que esconderse y publicar una *Defensa* en la que negaba las acusaciones en su contra; finalmente fue absuelto de todos los cargos en 1834. Esta obra, lo mismo que el *Examen imparcial* no sólo exponen y defienden los puntos de vista del acusado, son también un ideario político y social, y proporcionan datos valiosos sobre la vida de su autor.¹

Una vez librado de los cargos en su contra, se dedica a la industria. Participa activamente en el establecimiento y puesta en marcha de dos fábricas de tejido, una en Orizaba y otra en Celaya, pero ambas quiebran por problemas financieros. En 1839 es nombrado director de la Junta de Industria. En 1844 comienza a publicar sus *Disertaciones*. En 1846 dirige el periódico *El Tiempo* que defiende la solución monárquica para el país. Al año siguiente contempla —desde su casa de San Cosme— la entrada del ejército norteamericano a la ciudad de México. En 1849 comienza a publicar su *Historia de Méjico*; también organiza el Partido Conservador y su órgano de difusión, *El Universal*; participa y gana en las elecciones municipales de la ciudad de México; realiza importantes mejoras en la ciudad pero sus enemigos políticos, aprovechando las críticas que *El Universal* hace en contra de los primeros caudillos de la independencia, lo obligan a renunciar. En 1851 es elegido diputado y al año siguiente senador. Ante la caída del presidente Mariano Arista, tanto conservadores como liberales piden a Santa Anna su regreso a la

¹ *Defensa del ex-ministro de Relaciones D. Lucas Alamán, en la causa formada contra él y contra los ex-ministros de guerra y justicia del vice-presidente D. Anastasio Bustamante, con unas noticias preliminares que dan idea del origen de ésta. Escrita por el mismo ex-ministro quien lo dirige a la Nación*, en Alamán, *Obras, Documentos diversos (inéditos y muy raros)*, edición de Rafael Aguayo Spencer, v. III, México, Editorial Jus, 1946, p. 33-38. *Examen imparcial de la administración del general Vicepresidente D. Anastasio Bustamante. Con observaciones generales sobre el estado presente de la república y consecuencias que éste debe producir*, en *ibid.*, p. 235-275.

presidencia. Por medio de una carta, Alamán es el encargado de hacer la petición. En esta ocasión Santa Anna se inclina por los conservadores y Alamán es nombrado ministro de Relaciones Exteriores (1853). Una afección pulmonar, complicada con un problema digestivo, acabó con su vida el 2 de junio de 1853 en la ciudad de México. Fue enterrado en el Hospital de Jesús.²

LAS DISERTACIONES SOBRE LA HISTORIA DE MÉXICO

Plan general de la obra

La obra fue concebida a partir de una serie de conferencias, diez lecturas sobre la historia de México, “desde la época de la conquista hasta nuestros días”.³ Este ambicioso plan lo expuso en el Ateneo de México el 18 de febrero de 1844. El 9 de abril los socios del Ateneo, sociedad que reunía a los principales intelectuales de la época y que surgió a instancias del embajador español, Ángel Calderón de la Barca, escucharon la primera disertación. Ese día estaban reunidos Luis G. Cuevas, Juan N. Almonte, Juan N. Gómez de Navarrete, José María Bocanegra, Manuel de la Peña y Peña y Ángel Calderón.⁴ Pero al reescribirlas para su publicación Alamán les fue dando tal extensión que de hecho modificó el plan original, y más que una historia general del país las *Disertaciones* son una serie de ensayos sobre diferentes temas del periodo colonial, principalmente del siglo XVI.⁵

La guía, el hilo conductor de todas ellas es la búsqueda por establecer el origen de la nación mexicana. Alamán lo encuentra en la hazaña de un hombre: la conquista de México por Hernán Cortés.

² Las principales biografías son las siguientes: Lucas Alamán, *Autobiografía*, en *Obras, op. cit.*, v. IV (1947), p. 11-28; Juan Bautista Alamán, *Apuntes para la biografía de D. Lucas Alamán*, en *Obras, op. cit.*, v. III, p. 503-522; J. M. Bassoco, *Biografía necrológica*, en *Obras, op. cit.*, v. I (1945), p. 1-53; José C. Valadés, *Alamán: estadista e historiador*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987.

³ *Prospecto. Disertaciones*, cit. en José C. Valadés, *op. cit.*, p. 402.

⁴ Valadés, *op. cit.*, p. 405.

⁵ Los temas de éstas son como sigue: volumen I (1844): la *primera* disertación trata sobre Europa a fines del siglo XV; el expansionismo de sus naciones alrededor de un soberano y un Estado más fuerte; de España, los reyes católicos y la expulsión de los musulmanes, descubrimiento de América y primeras posesiones españolas; la *segunda*, sobre la conquista de México y sus consecuencias; la *tercera*, de la formación del gobierno español; la *cuarta*, de la expedición a las Hibueras y problemas surgidos en la capital en ausencia de Cortés. Volumen II (1845): *quinta*, datos y noticias sobre Cortés antes de su expedición a México y después de su regreso de las Hibueras hasta su muerte; los

Contexto y motivaciones

Desde la década de 1820 Alamán une su vida a la del conquistador de México, a través de la defensa de sus restos mortales y los bienes de sus herederos. Nos dice que “en un tumulto que se intentó promover en 7 de diciembre de 1823 para violar el sepulcro de Cortés e insultar sus huesos, hice se pusieran éstos en salvo, escusando a la Nación esta ignominia”.⁶ Desde 1826 se convierte en apoderado y administrador de los bienes del más rico heredero de Cortés: el duque de Terranova y Monteleone.⁷ A éste lo serviría fielmente hasta el final de sus días y lo protegería contra los intentos que diferentes gobiernos hicieron por usurpar sus bienes, blanco frecuente de la hispanofobia de aquel tiempo. Pero no solamente luchó por esto como político sino también como historiador. El crear en la conciencia de los mexicanos una figura que veneraran, digna de imitación, era la mejor arma para perpetuar su memoria y a la vez proteger los bienes de sus herederos. Años después, resumiendo para el duque el impacto que sus obras históricas tenían entre la opinión pública, decía:

Éste ha sido variar completamente el concepto que se tenía... sobre la conquista, dominación española y modo en que se hizo la independencia. Creíase que la conquista había sido un verdadero robo, y por consiguiente se tenían los bienes de usted como parte de este robo, con derecho la nación a recobrarlo... La consecuencia de todo esto para usted es evidente, pues esto ha hecho desaparecer la odiosidad con que se veía su nombre y bienes, asegurando a usted en la posesión de ellos, a lo que también ha contribuido el buen estado del hospital de Jesús que da cierta popularidad a la casa.⁸

Para Alamán la historia no es una simple distracción; es eso, pero también tiene una utilidad. Él creía en la inviolabilidad de la propiedad

diferentes traslados que han sufrido sus restos; *sexta*, empresas particulares de Cortés, actividades que fomentó, fundaciones piadosas que impulsó (Hospital de Jesús); genealogía de sus descendientes; *séptima*, establecimiento y propagación de la religión cristiana en la Nueva España; la obra de los misioneros en el siglo XVI; *octava y novena*, formación de la ciudad de México. Volumen III (1849): *décima*, historia de España desde los Reyes Católicos hasta el reinado de Fernando VII.

⁶ *Autobiografía*, en *Obras*, op. cit., v. IV, p. 24.

⁷ *Loc. cit.*; Valadés, op. cit.; p. 216.

⁸ No sorprenda al lector la fecha de esta carta, un día después del aniversario luctuoso de Cortés. Carta de Alamán a Monteleone, México, 3 de diciembre de 1851, en *Obras*, op. cit., v. IV, p. 604.

privada y este principio lo guía no sólo como administrador, sino como político e historiador.

Su puesto le dio fácil acceso al archivo de los descendientes de Cortés que se encontraba en el Hospital de Jesús. Al enterarse de que el historiador norteamericano William Prescott estaba interesado en este personaje, le envió copias de varios documentos que se encontraban en ese archivo. Cuando Prescott publicó el resultado de su investigación, la *Historia de la Conquista de México* (1843), ésta se convirtió de inmediato en un éxito editorial. La obra vino a ser para Alamán la confirmación de su propia visión sobre la conquista y le motivó con toda seguridad a escribir su propia obra. Pero demasiado imbuido de los conceptos de Prescott —leyó con avidez los tres volúmenes en inglés e impulsó su traducción y publicación en México, anotando una de las dos ediciones que aparecieron simultáneamente en 1844— terminó basándose excesivamente en él.⁹

Estilo general

Escoge la forma de disertaciones porque le da la libertad de pasar de un tema a otro sin someterse a una rigurosa cronología, “de [no] seguir en ella el hilo completo de los sucesos, y me autoriza a tratar de preferencia lo que me parezca necesitar más ilustración o que ofrece mayor interés”.¹⁰ En esta obra —dice— “no me ceñiré a relación histórica de los hechos, que supongo conocidos de un público tan ilustrado, y que por otra parte se hallan en muchos libros, que es fácil consultar, y sólo daré noticia extensa de ellos, cuando se trate de cosas poco o nada conocidas y de documentos que no han salido todavía a la luz”.¹¹

A diferencia de la *Historia de Méjico*, las *Disertaciones* casi no

⁹ Alamán la recibió en enero de 1844 y al mes siguiente presentó su *Prospecto* en el Ateneo. Harvey Gardiner, “Prescott’s ties with Mexico”, *Journal of Inter-American Studies*, I, enero de 1959, p. 13-14. El interés que despertó en México esta obra fue tal que en 1844 salieron de la imprenta dos traducciones al español. La que anotó Alamán fue impresa por Vicente García Torres, la otra por Ignacio Cumplido.

¹⁰ Alamán, *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la época de la conquista que los españoles hicieron a fines del siglo quince y principios del diez y seis de las islas y continente americano hasta la independencia*, Méjico, Editorial Jus, 1942, v. III, p. 16.

¹¹ Alamán, *Disertaciones*, op. cit., edición en 2 volúmenes con el título *Disertaciones sobre la historia de México: Hernán Cortés y la conquista de México*, México, Editorial Jus, 1985, v. I, p. 10. Esta edición, la única que se consigue en librerías, está incompleta pues sólo les interesó lo relativo a Cortés, dejándonos sin el tercer volumen sobre la historia de España y un valioso apéndice con una tabla cronológica de los virreyes de Nueva España.

tienen notas y Alamán alude a que, por un lado, la mayoría de los lectores no se interesarían ni tendrían la oportunidad de confrontar las citas y, por el otro, sería de poco provecho para los especialistas, “para quienes estas materias son bastante conocidas”.¹²

Todo esto le permite utilizar libremente las obras de otros, e ignorar aquello que le parezca *de sobra conocido*, por ejemplo la historia prehispánica.

Sin embargo, en las disertaciones que tratan la vida de Cortés y la conquista de México es evidente la estructura de un relato lineal, similar al que utilizó Prescott. Sigue en casi todo a este autor y está lejos de aportar datos nuevos o conceptos novedosos al tema. Más bien parece un resumen del trabajo del estadounidense.¹³ En cambio, en las disertaciones sobre la fundación de la ciudad de México, por ejemplo, y que son el resultado de una cuidadosa investigación del autor, se acercan más a esa idea de un ensayo que no se sujeta a un seguimiento cronológico.

Idea de la historia

Alamán piensa que la historia por excelencia es la de los grandes acontecimientos, la de los grandes hombres. Son los hechos que han cambiado el destino de las naciones:

Dos han sido las épocas en que nuestra historia ha presenciado sucesos grandiosos, de aquellos que influyen no sólo en la suerte de una nación, sino que producen grandes consecuencias en la política general y en el estado de todo el universo: tales han sido la conquista y la independencia.¹⁴

Para este trabajo utilicé esa edición de 1985 y para el tercer volumen la de 1942, edición preparada por Rafael Aguayo Spencer. Las ediciones que ha tenido esta obra son las siguientes:

- México, Imprenta de Mariano Lara, (I) 1844, (II) 1845, (III) 1849.
- La Habana, Imprenta de la Voz de Cuba, 1873.
- México, Imprenta de Victoriano Agüeros, 1900-1901.
- México, Publicaciones Herrerías, 1938.
- México, Editorial Jus, 1942.
- México, Editorial Jus, 1969.
- *primera en lo conducente a Hernán Cortés y a la Conquista de México*, México, Editorial Jus, 1985, 2 v.

¹² Alamán, *Disertaciones*, op. cit., I, 4.

¹³ La excepción podrían ser los datos sobre los descendientes de Moctezuma, y por supuesto los del propio Cortés.

¹⁴ *Ibid.*, I, p. 4.

Alamán, un hombre que anhelaba la continuidad, el orden, les destina infinidad de páginas a los momentos de ruptura. El primero en las *Disertaciones* y el segundo en la *Historia*. Pero creía que después del rompimiento debía surgir “otro orden de cosas... dando legitimidad y consistencia a lo que en un principio no era más que obra de la violencia y de la fuerza”.¹⁵ De ese nuevo orden —piensa— proviene todo lo que somos, el idioma, la religión, las costumbres. Enfatiza su propósito, que los mexicanos reconozcan la ejemplaridad de esta historia:

Tito Livio creía que se debía a la antigüedad la licencia de usar de las ficciones de la mitología, para ennoblecer la fundación de las naciones. La mexicana no necesita de ficción alguna para poder enorgullecerse de su origen.¹⁶

Para Alamán, la historia es como la genealogía de las naciones; hurga en aquello en que consiste la quintaesencia del ser, su origen, su prosapia. Si el origen es noble, se es noble, si es degradado se es degradado. Se puede decir que es una visión estamental de la historia, muy de acuerdo con su época y con su manera de ver la vida.¹⁷ Recrea al México de su tiempo “como el hijo que en la madurez de la edad sale de la casa paterna para establecer una nueva familia”.¹⁸

Alamán encuentra que el proceso histórico es uno y único, común a todas las naciones. La historia universal tiene un sentido determinado, una razón extrahumana que la guía. Su concepción está a medio camino entre San Agustín y Hegel. Piensa que no es posible penetrar los designios de la Providencia pero sí conocer sus motivaciones y su esencia; descubrir cuál es el camino y adónde nos lleva; y eso es lo que busca él en la historia: un sentido, una significación que le dé una justificación moral a algo que de otro modo se nos presentaría como un caos lleno de violencia, esperanzas frustradas, pasiones desatadas, el terreno de la simple y vil necesidad humana. Por eso afirma que una conquista no puede considerarse en virtud “de los medios que se emplean para su ejecución” sino de sus consecuencias. Ninguna conquista es justificable —piensa—, pero todas las naciones las han sufrido y se han forjado a causa de ellas; las conquistas pueden contribuir al avance de la civilización:

¹⁵ *Ibid.*, I, p. 103.

¹⁶ *Ibid.*, I, p. 109.

¹⁷ *Ibid.*, I, p. 7.

¹⁸ *Ibid.*, I, p. 111.

la providencia divina, que por arcanos que nosotros no podemos penetrar, sabe sacar el bien del mal, ha hecho que por esta serie de acontecimientos el estado social se mejore y las luces y los conocimientos se extiendan.¹⁹

Alamán prefigura en la historia universal lo que sucedería en la de México. Las Cruzadas fueron guerras santas para abatir al infiel; la energía que antes se utilizaba en combates intestinos se encauzó a empresas políticas externas; las dotes militares de los señores feudales se utilizaron para acrecentar la gloria de las naciones; el expansionismo surgió gracias a las Cruzadas. En México existía también

ese mismo sistema feudal que entonces trataban de destruir con todo empeño los monarcas europeos, y que por las frecuentes desobediencias de los caciques, ya para marchar a la guerra con el soberano, ya para pagarle los tributos establecidos, era motivo de guerras continuas domésticas, así como lo había sido en Europa.²⁰

La conquista de México fue, pues, una guerra santa por instaurar la “verdadera religión” en las nuevas posesiones ultramarinas. Y si las Cruzadas fueron para el autor un factor de unión que permitió el surgimiento de naciones poderosas y con gobiernos estables, que propiciaron adelantos en la geografía y en el comercio, esto mismo vino a ser la obra misional de los españoles en América.

Al leer las *Disertaciones* nos parece que nada es gratuito, todo está ligado, que los sucesos en la historia siempre tienen consecuencias, no hay nada fortuito: las naciones europeas adquirieron estabilidad, lo que hizo posible el adelanto en las ciencias y en la navegación, y como consecuencia aumentó la “probabilidad de encontrar nuevas tierras en el inmenso espacio entonces ignorado”.²¹ De la misma manera, considera que Europa debía dominar el Nuevo Mundo por la superioridad de sus conocimientos, religión, armamento; todo cuanto hicieran los aztecas no serviría de nada, pues “la suerte estaba echada y la ruina del imperio mexicano decidida por los decretos eternos de la Providencia”.²²

Siguiendo a Burke, piensa que “una nación tiene una constitución cuando ésta consiste no en estar escrita, sino en estar radicada en las costumbres y opiniones de todos”.²³ Las instituciones liberales que tenía

¹⁹ *Ibid.*, I, p. 103.

²⁰ *Ibid.*, I, p. 17.

²¹ *Ibid.*, I, p. 18.

²² *Ibid.*, I, p. 100.

²³ *Ibid.*, I, p. 125. Burke decía: “Si la sociedad civil es hija de la convención, esa convención debe ser su ley. Esa convención tiene que limitar y modificar todas las clases de constitución que se formen bajo ella. Toda clase de poderes legislativos, judiciales o

España en el siglo XVI eran “un hábito para todos los españoles: ellas eran parte esencial de su vida política, ... y se presentaban aquéllas como cosa ordinaria y de costumbre”.²⁴ Las libertades a las que se refiere Alamán son las municipales, y es fiel a ellas, porque venían por herencia, del pasado. Burke, por su parte, sostiene que todas las libertades de Inglaterra se deben a que ha sabido reconocer a éstas “como *herencia vinculada* que nos ha sido legada por nuestros antecesores y que debe ser transmitida a nuestra posteridad...”²⁵

Alamán piensa que en historia no se deben juzgar los hechos del pasado a la luz del presente:

Es necesario trasladarnos al tiempo de los acontecimientos que estudia, penetrarnos de las ideas que en cada uno de ellos dominaban, acostumbrarnos a los usos y a juzgar a los hombres según el tiempo en que vivieron. No hay error más común en la historia que el pretender calificar los sucesos de los siglos pasados, por las ideas del presente.²⁶

De esta manera pretende juzgar con imparcialidad, se siente libre de prejuicios para transmitir la verdad. Se sirve de este principio para justificar las crueldades que se dieron durante la conquista como el cortarles las manos a los espías tlaxcaltecas o marcar a los prisioneros con un fierro candente, o la matanza perpetrada en Cholula, todos producto de un tiempo cruel y sanguinario, acciones que eran permitidas por las leyes de la guerra de entonces.²⁷ Pero a la hora de juzgar a los primeros habitantes de México no tiene miramientos en calificar sus ritos, religión y costumbres como salvajes; sociedades que obstaculizaban el avance de la civilización. Alamán pretende un sano y recto juicio, pero en verdad lleva agua a su molino, pone el sello de sus creencias, de su ideología, en la interpretación de los hechos: el avance de la civilización, el progreso es irrevocable, la conquista tenía que darse, pues una sociedad caníbal es por fuerza inferior, debe ser suprimida, o más bien redimida.

ejecutivos son criaturas suyas.” *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*, en *Textos Políticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 92.

²⁴ Alamán, *Disertaciones*, *op. cit.*, I, 125.

²⁵ Burke, *op. cit.*, p. 68. Cursivas del autor.

²⁶ Alamán, *Disertaciones*, *op. cit.*, I, 9. Esta misma idea la expresa Prescott, *Historia de la Conquista de México*, prólogo de Juan A. Ortega y Medina, México, Editorial Porrúa, 1985 (Sepan cuántos, 150), p. 238.

²⁷ Alamán, *Disertaciones*, *op. cit.*, I, p. 104-105.

La historia como romance

Alamán quiere penetrar en la mente, en el espíritu de los españoles que realizaron la conquista. Hombres que se creían protegidos por el apóstol Santiago a la hora de la batalla; que ningún éxito les parecía suficiente y siempre iban en busca de otro mayor; cuya lectura preferida eran las novelas de caballería y los romances medievales de los cuales ellos mismos se sentían protagonistas. Y los hechos de la conquista —piensa— se asemejan a las aventuras de los caballeros medievales.

No es sólo que la historia se asemeje a un romance sino que sus participantes se sienten los personajes de éste. Los hechos maravillosos de los que eran protagonistas encendían vivamente su imaginación, y los llevaban a superar sus propias hazañas:

La vida de los conquistadores era pasar continuamente de una empresa a otra: concluida la primera, todos los sueños de felicidad desaparecían y su imaginación se llenaba de nuevas ilusiones.²⁸

La resolución de tomar prisionero a Moctezuma, ahora sí que en su propio gallinero, fue “más propia de los libros de caballería que de una resolución meditada, [y] fue adoptada por las imaginaciones fáciles de inflamar de los valientes jóvenes que la oyeron”.²⁹ La decisión de abandonar Tenochtitlan por la noche fue sugerida por un soldado llamado Botello que era astrólogo; como estas supersticiones eran tan comunes en aquel siglo, tal vez —dice Alamán repitiendo la interpretación de Prescott— Cortés estaba decidido a salir de noche, y para dar prestigio a su resolución fingió adoptar la idea del astrólogo.³⁰

Pero no es sólo que los conquistadores se sintieran protagonistas de una novela de caballería sino que el historiador, al tratar estos hechos y estos personajes, él mismo los aprehende —y por tanto los representa— como los hechos maravillosos y personajes fantásticos de un romance.

El arquetipo del romance —según la definición de Northop Frye— es un drama de búsqueda lograda, de redención. Tiene tres etapas fundamentales: el viaje peligroso y de aventuras preliminares; el conflicto, por lo común una especie de batalla decisiva en la que o bien el héroe y/o su enemigo deben morir; y la exaltación o reconocimiento del héroe como tal. La tensión del drama se centra en el conflicto entre

²⁸ *Ibid.*, I, p. 122.

²⁹ *Ibid.*, I, p. 81.

³⁰ *Ibid.*, I, p. 90; Prescott, *op. cit.*, p. 378.

el héroe —generalmente asociado a la primavera, al alba, al orden, a la fecundidad, el vigor y la juventud— y el enemigo, asociado con el invierno, la oscuridad, la confusión, la esterilidad y la vejez.³¹ La visión alamanista es claramente un romance donde el héroe es Cortés y el enemigo Moctezuma, éste como símbolo de una sociedad corrupta y en decadencia. Las tres etapas las veo de esta manera: viaje peligroso, de la salida de Cortés de Cuba hasta su encuentro con Moctezuma; conflicto, la conquista de México, viaje a las Hibueras, regreso de Cortés a España y muerte; reconocimiento, evangelización, fundación de la ciudad de México.

En las *Disertaciones* la caracterización heroica de Cortés es evidente. Tuvo que enfrentar situaciones que hubieran hecho palidecer a Amadís de Gaula o a Roldán. Venció a un imperio con un puñado de hombres; tuvo la sensibilidad política para aliarse con los tlaxcaltecas; era resuelto, intrépido y a la vez prudente y calculador, sabía esperar el momento adecuado para actuar y cuando lo hacía no había obstáculo que lo detuviese. En los romances, el héroe se enfrenta solo a innumerables peligros y así sus hazañas adquieren proporciones gigantescas. La soledad del héroe aparece constantemente en la narración de Alamán “contando solo consigo mismo, supo hacerse aliados donde no podía más que esperar enemigos”;³² lejos de contar con el apoyo de la corona actuaba siempre con el temor de “las medidas que contra él tomasen las autoridades españolas”. Resumiendo: “En la conquista de México todo es obra de Cortés: la dirección y los medios, el plan y la ejecución, el intento y la obra”.³³ En el arquetipo del romance el reconocimiento, la trascendencia del héroe vienen después de su muerte. Alamán dice que durante su vida los grandes hombres son

el blanco de la crítica y de la maledicencia, porque se tienen más a la vista los males que han podido causar que los beneficios que se les deben, pero la muerte y el transcurso del tiempo hacen olvidar los primeros, dejando vivo el recuerdo de los segundos...³⁴

Eso mismo —piensa— debe pasar con la figura de Cortés. Por ello las disertaciones que siguen a la epopeya cortesiana corresponden claramente al reconocimiento del héroe; se ocupa de su legado: la fundación de la capital del país, el inicio de la evangelización y de la nacionalidad mexicana.

³¹ Northop Frye, *Anatomía de la crítica*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1991, p. 246-247.

³² Alamán, *Disertaciones*, *op. cit.*, II, p. 18.

³³ *Ibid.*, II, p. 16.

³⁴ *Ibid.*, II, p. 53.

Un pasado que se rompe y uno que continúa

Los pueblos se tienen que basar en sus tradiciones para progresar, avanzar, mejorar; les sirven de base, de sustento. Esta idea burkeana es casi un credo para Alamán. Quiere demostrar a sus compatriotas que el pasado continúa en el presente. Los invita a que se descubran, se encuentren en los hombres, en las instituciones, en los edificios del pasado. Pero es un pasado elegido, seleccionado; con un origen bien delimitado: la llegada de los españoles. Lo que pasó antes poco interesa, es un pasado inservible, roto. Es ilegítimo y por tanto es mejor olvidarlo.

Alamán comienza su recorrido histórico no con un panorama de la civilización azteca antes de la llegada de los españoles, sino con un repaso de la historia europea previa al descubrimiento de América. En esto se aleja de la obra que le sirve de modelo: Prescott.

Al relatar las maravillas del paisaje que veían los españoles en su camino al altiplano central, dice: “este hermoso aspecto que la naturaleza presentaba, contrastaba de una manera terrible con el horroroso espectáculo que a cada paso ofrecían a los españoles los cadáveres de las infelices víctimas sacrificadas a los ídolos”.³⁵ Primero la belleza, la luz; después el horror, la oscuridad. ¿Qué nos sugiere esto? El país es maravilloso, sus habitantes no. Y la razón principal de este estado, de esta “Caída”, eran los sacrificios humanos, pues

una religión que consagraba tales sacrificios era ciertamente un obstáculo insuperable para todo adelanto verdadero en la civilización, pues no puede haber sociedad entre gentes que se comen unas a otras.³⁶

Las obras historiográficas que intentan rescatar el mundo prehispánico poco le interesan. Es significativo que mencione a Clavijero sólo para precisar el número de víctimas sacrificadas anualmente por los aztecas; igual pasa con la obra de Sahagún.³⁷

Entonces la civilización —conclusión predecible—, la religión, las costumbres, todo viene de España, lo que comemos, hasta el chocolate —dice— “pues éste sin azúcar ni canela debía ser un muy desagradable brebaje”.³⁸

Los indios —de los que hablaba con tanto desprecio— con la guía de los misioneros aparecen como inteligentes, capaces y perceptivos.

³⁵ *Loc. cit.*

³⁶ *Ibid.*, I, p. 106.

³⁷ Sobre Clavijero, *ibid.*, I, p. 53; sobre Sahagún, *ibid.*, I, p. 106.

³⁸ *Ibid.*, I, p. 108.

Subraya su capacidad para aprender rápidamente cualquier oficio e incluso superar a sus instructores, debiendo cuidarse muy pronto los artesanos peninsulares de no revelar del todo los secretos de sus oficios.³⁹

La idea de este pasado que continúa, que pervive de alguna manera, lo hace acercarse a la historia de los “pequeños acontecimientos”, de las costumbres y tradiciones, de la vida cotidiana.

Encuentra, por ejemplo, que de la revisión de armas que en tiempos cortesianos se acostumbraba hacer el día de San Juan “procede el uso que todavía conservan los niños de vestirse de militares en tal día y comprar armas y caballos de juguete” como en su tiempo lo hacían sus ancestros. Pocos sabrán, señala, “que este género de diversión de los niños de nuestros días, es un resto del sistema de repartimiento de nuestros abuelos”.⁴⁰ Para acostumbrar a los indios a las ceremonias religiosas —dice—, los hijos de caciques y principales acompañaban a los curas y misioneros en todos los actos religiosos, para que pudieran ser adoctrinados más fácilmente, y los demás vieran más naturalmente estos ritos. Ése es el origen de la tradición de sacar

en las procesiones niños vestidos de indios, que son la imitación de lo que entonces se verificaba en la realidad. Así es como el estudio de la historia da interés a las prácticas que parecen más indiferentes, hallando en ellas los recuerdos de cosas que ya pasaron y están olvidadas.⁴¹

Este tipo de historia le interesa a Alamán porque, en la distracción que le proporciona, le hace olvidar un presente desdichado, sobre todo después de la invasión norteamericana: “no han sido pocos los ratos en que me ha hecho olvidar los males presentes, la lectura de los acontecimientos a que daban gran importancia nuestros mayores”.⁴²

Pero también esta manera de acercarse a la historia tiene su utilidad, más allá de la simple distracción, ya que es capaz de proporcionar una identificación con ese pasado que continúa en el presente:

Una inscripción, un nombre antiguo, debe ser respetado como un recuerdo duradero, destinado a ligar la generación pasada con la actual, y a prolongar, por decirlo así, la existencia del hombre, haciéndole ver como presente todo lo que aconteció en los siglos que precedieron a su nacimiento.⁴³

³⁹ *Ibid.*, II, p. 134-136.

⁴⁰ *Ibid.*, I, p. 133.

⁴¹ *Loc. cit.*

⁴² *Ibid.*, III, p. 13.

⁴³ *Ibid.*, I, p. 150.

Esta identificación, esta empatía, induce y motiva su investigación sobre la capital del país durante la colonia.

La ciudad de México

Más que historiador aquí aparece como arqueólogo. Excava entre los documentos para localizar con exactitud la ciudad que fue surgiendo después de la conquista. Busca descubrir cuáles fueron los primeros nombres de sus calles, sus primeras iglesias, conventos, colegios, palacios. Establece cortes temporales para apreciar la ciudad de México en los tres siglos del periodo colonial; igual que el arqueólogo, estratifica para apreciar una civilización en diferentes periodos. Primero un corte vertical para regresar en el tiempo y después uno horizontal para tener una panorámica completa de esa civilización en un periodo determinado, a través de sus edificios, sus calles, la actividad de sus habitantes:

He creído que sería interesante para mis lectores poderse trasladar con la imaginación a las diversas épocas que ofrece la historia de nuestros edificios públicos; pasearse por la plaza de Moctezuma; pasar luego a la de los conquistadores; ver el estado de ella en los dos siglos siguientes y descender a nuestros tiempos y a lo que hemos visto por nuestros ojos.⁴⁴

Los medios que utiliza para este trabajo arqueológico son principalmente los documentos. Para la época de Moctezuma se basa en un plano de Tenochtitlan que cree es del inicio del reinado de éste.⁴⁵

Para la época cortesiana usa las actas de cabildo del Ayuntamiento, extraordinario instrumento en un historiador tan organizado y perceptivo. Con los datos que le proporciona este archivo, deslinda, delimita y reconstruye la ciudad que fundó Cortés. Identifica cómo era su primera traza, los edificios que existieron y dónde se ubicaban exactamente, cuáles construcciones quedaron sobre las antiguas, etcétera.

Hace una minuciosa descripción del mercado de El Parián, su fundación, su desarrollo, su utilidad, la riqueza que generaba, misma que permitía el financiamiento de obras públicas para la ciudad. En 1843 el gobierno decretó su demolición y en su lugar manda construir un monumento a la independencia que debía estar listo para el 16 de septiembre de ese año (y que nunca se realizó). Esa odiosa fecha, que para él no simboliza sino destrucción, se le atraviesa de nuevo a nuestro historiador, y lo lleva a decir que en su época

⁴⁴ *Ibid.*, II, p. 212.

⁴⁵ *Ibid.*, II, p. 163-164.

se ha sacrificado siempre lo verdaderamente útil a lo fastuoso, procediendo como en este caso con tal precipitación en las cosas más importantes, que no parece sino que se quiere que no haya lugar para la reflexión, y cuando el mal se reconozca esté ya causado sin remedio.⁴⁶

Lo que han hecho los diferentes gobiernos con nuestra ciudad de México no está muy alejado de este juicio crítico pronunciado hace 150 años.

En estas dos disertaciones demuestra una vez más su obsesión por encontrar el origen, el principio, las raíces de la nación mexicana. Él los encuentra en la epopeya cortesiana, y uno de sus primeros frutos fue la fundación de la ciudad de México sobre los restos de Tenochtitlan. Le interesa descubrir quién recibió los primeros terrenos para construir casa, para huertos, para mesones, quiénes fueron los vecinos más antiguos de la ciudad; quién desempeñó por primera vez los oficios de barbero y cirujano, herrador, médico; cuáles fueron las primeras medidas para dotar de agua a la ciudad, para limpiar las calles, abastecer la ciudad, dotarla de moneda, establecer el orden público.⁴⁷

De un nostálgico de la colonia no se podía esperar más que ese sentimiento al comparar la ciudad de sus días con la del pasado. En la traza de la ciudad, por ejemplo, “todo lo antiguo está construido con regularidad, y todo lo nuevo sin ella, al contrario de lo que sucede en las ciudades de Europa”.⁴⁸

De vuelta al gran acontecimiento

Alamán planeaba continuar sus *Disertaciones* (la última, la décima, la dedica a la historia de España, desde los reyes católicos hasta el reinado de Fernando VII) con temas similares al de la fundación de la ciudad de México: sobre la construcción de la catedral de México; de la fundación de los primeros establecimientos y conventos, de la vida en la corte de los virreyes, etcétera, pero deja este proyecto atraído por el tipo de historia que más le apasionaba; vuelve la vista al gran acontecimiento y se aboca a escribir la *Historia de Méjico*:

Esta obra vendrá a ser el complemento de las *Disertaciones*, o más bien éstas son la introducción de aquélla; pues siendo el objeto de las últimas,

⁴⁶ *Ibid.*, II, p. 195.

⁴⁷ *Ibid.*, II, p. 236-246.

⁴⁸ *Ibid.*, II, p. 160.

dar a conocer el modo con que la corona de España adquirió el dominio de estos países y cómo lo ejerció; la primera presentará los medios por los cuáles vino a perderlo...⁴⁹

Sus fuentes

Alamán sigue muy de cerca a Prescott, no lo niega, lo considera un autor indispensable por las fuentes que pudo utilizar y a las que otros historiadores no tuvieron acceso. Pero no sólo lo sigue en datos y hechos, también en ideas, juicios, opiniones, críticas.

En la narración de los acontecimientos Alamán es más parco, entra en menos detalles, mientras que Prescott colorea más, utiliza la imaginación para complementar lo que el registro histórico no detalla, no dice. Cuando a Diego Velázquez le avisan por la noche que Cortés huye de Cuba con la flota expedicionaria de la cual pensaba quitarle el mando, trata de impedirlo; Alamán simplemente nos dice “se levantó y ocurrió a la marina”; mientras que para Prescott, Velázquez “se vistió apresuradamente, montó a caballo, y seguido de su escolta, se dirigió a galope hacia el muelle”.⁵⁰

En su crítica a Bartolomé de las Casas utiliza los mismos argumentos a los que alude el norteamericano, a saber: autor contradictorio que combatió la esclavitud de los indios y para evitarlo propuso la de los negros; él mismo en su juventud tuvo un esclavo indio; fue beneficiario del sistema que tanto criticó pues su padre se enriqueció en las empresas coloniales.⁵¹ Incluso utiliza la misma palabra para referirse al lenguaje agresivo de éste: cáustico.⁵²

Alamán utiliza a Prescott —lo aclara— para citar obras que en su tiempo no estaban publicadas y que él no pudo consultar en copia manuscrita. La *Historia de Indias* de Bartolomé de las Casas es una de ellas. El filtro de Prescott se avenía perfectamente con la visión de la conquista que busca plasmar nuestro autor.⁵³ Las referencias más frecuentes a esta obra se encuentran en la quinta disertación.⁵⁴

⁴⁹ *Ibid.*, III, p. 15.

⁵⁰ *Ibid.*, I, p. 43-44; Prescott, *op. cit.*, p. 121.

⁵¹ *Ibid.*, I, p. 27. Prescott, *op. cit.*, p. 173-178.

⁵² *Ibid.*, I, p. 41; Prescott, *op. cit.*, p. 119.

⁵³ *Ibid.*, I, p. 41. Sobre la manera distorsionada en que cita a Las Casas, véase el prólogo de Ortega y Medina a Prescott, *op. cit.*, p. XXXIX. A los historiadores se nos puede aplicar este dicho: “Ve la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio”; Prescott, a su vez, critica la forma en que Antonio de Herrera cita a Las Casas, “mutilados extractos de un escritor que no fue buen intérprete de sus opiniones”, *op. cit.*, p. 178.

⁵⁴ Ésta trata sobre los primeros años de la vida de Cortés. Compárese lo dicho por

La *Quinta Carta de Relación* de Cortés, en la que refiere la expedición a las Hibueras, es otra obra que sólo conocía por los extractos que da Prescott.⁵⁵ Cortés representa el mejor testimonio sobre la conquista. También se aprovecha de las obras de Gómara, Herrera, Antonio de Solís y Fernández de Oviedo.

Bernal Díaz del Castillo es un autor favorito de Alamán. Lo cita con frecuencia para narrar los hechos de la conquista, para trasladarnos al pensamiento y sensaciones de los españoles del siglo XVI. Pero no espere el lector encontrar aquí al soldado que cuestiona algunos actos de su capitán.

Para la primera disertación le merece un gran respeto la *Historia del Nuevo Mundo* de Juan Bautista Muñoz y no tanto —aunque reconoce su utilidad— las *Décadas* de Antonio de Herrera.

Para su disertación sobre la obra evangelizadora en el siglo XVI (séptima) se vale principalmente de Torquemada, de quien dice “debe ser considerado como el Tito Livio de la Historia de la Nueva España”.⁵⁶ Considera que a pesar de los errores que contiene, su *Monarquía indiana* es indispensable para quien quiera conocer este periodo. También destaca las cartas de fray Juan de Zumárraga.⁵⁷

Para tratar las empresas particulares de Cortés, su genealogía y las fundaciones piadosas que promovió en su testamento, recurre al archivo del duque de Terranova y a la *Piedad heroica de D. Fernando Cortés*, de Carlos de Sigüenza y Góngora, obra tan rara “que acaso no exista más ejemplar que el fragmento que yo poseo”, pues ni el mismo Beristáin la pudo ver.⁵⁸

Sus investigaciones sobre la formación de la ciudad de México (octava y novena disertaciones) se basan casi por entero en fuentes originales: las actas de cabildo de la ciudad, provenientes del archivo del Hospital de Jesús. Pero para dar vida a la ciudad del pasado que describe utiliza el poema de Bernardo de Balbuena, *Grandeza*

ambos: Alamán, *Disertaciones*, op. cit., II, p. 9 (Prescott, op. cit., p. 111n); *ibid.*, II, p. 9, (Prescott, op. cit., p. 113n); *ibid.*, II, p. 12 (Prescott, op. cit., p. 116).

⁵⁵ Alamán, *Disertaciones*, op. cit., I, p. 158. La Quinta Relación se publicó finalmente en 1844 por Fernández de Navarrete en Madrid. Alamán la pudo conocer completa poco después de haber publicado el primer volumen de sus *Disertaciones*.

⁵⁶ Alamán, *Disertaciones*, op. cit., II, p. 127.

⁵⁷ En su tiempo sólo existían publicadas en una traducción francesa editada por Ternaux Compans, *Segunda colección de piezas inéditas sobre México*.

⁵⁸ Alamán, *Disertaciones*, op. cit., II, p. 69. Irving Leonard menciona “el fragmento de la *Piedad heroica*”, por lo que es posible que su publicación posterior se base en el ejemplar que tuvo Alamán. *La época barroca en el México colonial*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974 (Col. Popular, 129), p. 238n.

mexicana.⁵⁹ Vuelve a utilizar la *Piedad heroica* de Sigüenza, y a través de esta obra cita el *México por dentro* de Cervantes de Salazar.⁶⁰

En la décima disertación tiene muy presentes la *Historia de los reyes católicos* de Prescott, las *Lecciones instructivas sobre la historia y la geografía*, de Tomás de Iriarte, y la *Historia de España*, de Mariana, entre otras.

Alamán quiso dejar en la conciencia de los mexicanos la importancia de conservar todo aquello que nos hable del pasado. Fue un incansable protector de archivos y bibliotecas, en un tiempo en que a muy pocos les interesaba rescatar ese pasado; en que los papeles de archivo eran usados para envolver yerbas en las boticas y en el cual de infinidad de manuscritos y publicaciones sólo quedaba el registro de que algún día existieron.

Tal vez se le pueda acusar de haber inventado un pasado, pero hizo todo lo posible por conservar los documentos, los testimonios de la época colonial, para que con ellos otros historiadores ratificaran o rectificaran lo que él escribió.

LA HISTORIA DE MÉXICO

Orígenes

El primer impulso para escribir una historia de la independencia lo recibe por herencia: la de su medio hermano Juan Bautista de Arreche-derreta, quien al morir en 1836 le dejó unos apuntes manuscritos sobre la guerra iniciada en Dolores.⁶¹ Un año antes Alamán es nombrado miembro de la Academia de la Historia, la cual fue fundada en ese año de 1835 con el propósito de purgar a esta disciplina “de los errores y las fábulas que se advierten en las que se han escrito hasta aquí”.⁶²

Pero es en la década siguiente, cuando cree que su vida pública ha llegado a su término, que comienza a escribir la obra que más fama le dio. En un tiempo dominado por la pasión política, escribe —por confesión propia— con el didáctico propósito de formar generaciones más cautas que la suya. Y él mismo, con los años y sobre todo después de las persecuciones políticas que sufrió, se vuelve más precavido. Su primera

⁵⁹ Este poema fue dedicado a una dama de Sinaloa para que pudiera imaginarse las maravillas de la capital. Alamán, *Disertaciones*, op. cit., II, p. 209-210, 216-217, 252-253.

⁶⁰ *Ibid.*, II, p. 186, 199-201.

⁶¹ Circular de Gutiérrez de Estrada sobre los objetivos de la Academia de la Historia, cit. en Valadés, op. cit., p. 357.

⁶² *Ibid.*, p. 352.

intención era que su obra no fuese publicada sino hasta después de su muerte. Varias circunstancias le hicieron variar su opinión: la desilusión que se vivía en el país por el fracaso de proyectos, planes, constituciones, gobiernos y reformas que se sucedían unos a otros sin que funcionase ninguno; sentimiento que se acrecentó con el triste final de la guerra con Estados Unidos; Alamán sentía que estos factores facilitaban, abrían brecha a una interpretación que sabía disgustaría profundamente a muchos de sus contemporáneos; pero, ni modo, Alamán parecía destinado a causar polémica, a provocar con sus actos y con sus escritos.

Si una muerte sembró la semilla de esta obra, la de su medio hermano, otra normó su decisión de publicarla en vida. Carlos María de Bustamante murió el 21 de septiembre de 1848, postrado por la invasión norteamericana a su patria. Alamán, que elaboraba el tercer volumen, dejó el trabajo momentáneamente para escribir y publicar en forma anónima una biografía de aquél, en la cual señalaba los innumerales errores en que como historiador y editor incurrió el afamado oaxaqueño. Uno de los motivos de esta publicación era tentar a la opinión pública sobre los juicios que hace de ese prolífico escritor. Como no hubo una reacción desfavorable a este escrito, el “cauto” Alamán finalmente decide dar a la imprenta la *Historia*, obra que consideraba “como la principal de mis trabajos históricos”.⁶³ Aunque él alude que fue por el incentivo que varios amigos le daban, lo cierto es que la muerte de Bustamante determinó su decisión, pues la *Historia* es —entre muchas otras cosas— una refutación, un inmenso alegato en contra del *Cuadro histórico* de Bustamante. Nada motivó tanto la historiografía mexicana del siglo pasado como los errores de éste, y la obra de Alamán es el mejor ejemplo de esto.

Por último —*at last but not least*—, está la vanidad: Alamán se sentía superior en casi todo a casi todos de coetáneos; presencié los hechos, participó en distintos gobiernos, y por si fuera poco vio desfilar como cadáveres uno a uno a los protagonistas de estos sucesos; por eso siente que el escribir esa historia es “una deuda de justicia que debo a la posteridad”.⁶⁴ Considera que “pocos hombres de los que hoy existen

⁶³ Alamán, *Disertaciones*, *op. cit.*, III, p. 15.

⁶⁴ Alamán, *Historia de Méjico, desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, prólogo de Moisés González Navarro: “Alamán historiador”, 5 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1985, v. I, p. II. Las ediciones que ha tenido esta obra son las siguientes:

- México, Imprenta de J. M. Lara, (I) 1849, (II-III) 1850, (IV) 1851, (V) 1852.
- México, Imprenta de Victoriano Agüeros, 1883-1885.
- México, Herrerías, 1938.
- México, Editorial Jus, 1942.

se hallan con los conocimientos que yo, de las personas y de las cosas, de los tiempos y de las circunstancias”.⁶⁵ Y pareciera que para evitar un reclamo de la posteridad, adelanta los pagos al dar a la prensa su obra. Dice —siguiendo a Burke— “que aspira poco a honores y distinciones, pero no mira con desprecio la fama”.⁶⁶ Sin embargo, insistió a Prescott que recomendara su ingreso en la “Massachusetts Historical Society”, y al duque de Terranova en las Academias de Nápoles y Palermo.⁶⁷

Estructura general y estilo

La obra está dividida en dos partes. La primera (tomos I-IV) comprende los sucesos de 1808; la revolución de 1810; las campañas de Morelos; diferencias y rompimiento entre los jefes insurgentes; decadencia del movimiento; campaña de Mina; pacificación completa de la Nueva España. Todo, durante los años de 1808-1819.

La segunda (tomo V) trata la revolución de Iturbide, el plan de Iguala; el triunfo del movimiento; la regencia; el imperio de Iturbide y su fin; el inicio de la república federal. Su intención era terminar la obra en 1824, pero no resiste la tentación de dar su versión de lo sucedido cuando él participó activamente, y en el penúltimo capítulo hace un recuento de lo acontecido entre 1824 y 1852. El último capítulo es el que se ha llamado el testamento político de Alamán, donde presenta el programa de acción del partido conservador. El periodo que cubre esta parte va de 1820 a 1852.

A diferencia de lo expresado en sus *Disertaciones*, aquí su principal hilo conductor sí es la cronología, pero no en un sentido estricto. El autor no quiere ofrecernos una simple crónica sino un relato bien estructurado de los acontecimientos. Su método consiste en seguir lo acontecido en un periodo determinado (dependiendo de su importancia puede ser uno, seis meses o un año) y va desarrollando en diferentes capítulos lo que hicieron los personajes más importantes, los movimientos de tropa de realistas e insurgentes, el estado de la opinión pública en ese entonces, etcétera. Por ejemplo, para relatar lo sucedido en el

– México, Editorial Jus, 1968.

– México, Editorial Jus, 1972.

– Edición facsimilar de la primera: México, Fondo de Cultura Económica-Instituto Cultural Helénico, 1985.

⁶⁵ *Ibid.*, I, p. III.

⁶⁶ *Ibid.*, V, p. XI.

⁶⁷ También ingresó en la Academia de Historia de Madrid. Gardiner, *op. cit.*, p. 21; cartas al duque, 28 de agosto de 1852 y 30 de enero de 1853, *Obras, op. cit.*, p. 638-639 y 657.

mes de septiembre de 1810 comienza con la conspiración de Querétaro, sus protagonistas, el inicio de la revuelta en Dolores, las disposiciones del virrey; en otro capítulo se ocupa de los preparativos en Guanajuato para la defensa de la ciudad, el ataque a ésta, el saqueo, y las disposiciones de Hidalgo para continuar la campaña; pero en ese mismo momento, Calleja comienza a levantar cuerpos de tropa en San Luis Potosí, y de ello se ocupa en otro capítulo. Esto le permite dar un seguimiento cronológico y a la vez temático, ocupándose de todo aquello que le parece importante destacar. Con este método la narración adquiere un elemento indispensable a todo buen relato, la tensión. Antes de tratar el ataque a Guanajuato nos pone en antecedentes de la riqueza de la provincia, de la probidad de sus habitantes, de la nobleza de carácter del intendente Riaño. Provoca que el lector en verdad tema por el destino de sus habitantes y espere con ansia el arribo de los refuerzos de Calleja.

Debido a este método es muy frecuente que en su narración deje a un caudillo en tal o cual lugar para tratar otro tema que sucede al mismo tiempo, para después reanudarlo. Esto lo podemos apreciar claramente en las excepciones que hace, temas que le parecen de gran trascendencia:

El sitio de Cuautla fue un suceso tan grave y de tan importantes consecuencias, que he creído deber seguir *sin interrupción* el relato de todos sus incidentes hasta su conclusión para [después] ocuparme de sus inmediatos efectos y de los acontecimientos contemporáneos.⁶⁸

El autor nos va dando la *Historia* por partes, por fragmentos cronológicos que juntos nos ofrecen un panorama muy completo de lo historiado. En la concepción alamanista las partes están en función del todo, que es lo que da significación a éstas: “[omitiré] hablar con demasiada menudencia de cada cosa, para no debilitar el interés que presenta el conjunto de todas”.⁶⁹ Por eso en esta obra no caben los grandes personajes que al brillar con luz propia distrajeran la mirada del lector acerca del conjunto de todo el proceso.

El estilo del autor es llano, directo, poco afecto a los adornos del lenguaje. Y es así porque siente que ésta es la manera más adecuada de decir la “verdad”. Al comenzar el último tomo se congratula del buen recibimiento que ha dado el público a “una obra que carece de aliño y

⁶⁸ Alamán, *Historia*, *op. cit.*, II, 533-534. En adelante, excepto que se indique lo contrario, todas las cursivas en las citas son nuestras.

⁶⁹ *Ibid.*, I, p. VI-VII.

atractivo, y en que sólo ha podido apreciar la sinceridad e imparcialidad con que está escrita”.⁷⁰ Se aleja como de la peste de un mal que parecía endémico en el México de su tiempo (y lo sigue siendo del nuestro): el afán retórico, el exceso de elocuencia; a lo largo de la obra no deja de señalarlos: del *Diario* de un insurgente, Rosáins dice estar “escrito en un estilo sumamente exagerado y pedantesco”;⁷¹ los partes de algunos realistas le parecen “pomposos y exagerados”, algunos de ellos ininteligibles;⁷² los discursos y proclamas escritos por Bustamante a Morelos y Santa Anna, “extraña jerigonza” en la que su autor veía los actos de esos caudillos como reparaciones de los agravios sufridos por los mexicanos en 1521;⁷³ misma idea que campea en las oraciones cívicas del 16 de septiembre, y que tanto aborrece.⁷⁴

La utilidad de la historia

Hombre pragmático, era enemigo de teorías y especulaciones “que pretenden sujetar al género humano a principios imaginarios”,⁷⁵ sean éstos políticos o filosóficos. Prefería, y promovió, disciplinas científicas, como la agricultura y la minería. Pensaba que en educación la verdadera necesidad era “inclinarse a la juventud mexicana a las artes y a la agricultura”, pues no existía ningún establecimiento para estas profesiones. En cambio —señalaba—, parecería que “la primera necesidad de la república fuese aumentar el número de los abogados”, la clase que ha sido más beneficiada por la revolución.⁷⁶ En cuanto a la política, la apreciaba como una ciencia basada en la experiencia y cuyos fines eran eminentemente prácticos. Una política para la acción. La experiencia de lo pasado debía guiar tanto al estadista como al hombre común. Pero el conocimiento histórico tiene sus reglas, su método para que en verdad pueda ayudar a los hombres en el porvenir. Lo que en su *Examen imparcial* simplemente menciona como el “estudio profundo de la historia”,⁷⁷ aquí lo aclara y explica, y ciertamente que lo desarrolla a lo largo de los cinco volúmenes. En un párrafo resume magistralmente en qué consiste para él la utilidad de la historia:

⁷⁰ *Ibid.*, V, p. XI.

⁷¹ *Ibid.*, III, p. 340n.

⁷² *Ibid.*, IV, p. 272-273n; 378n.

⁷³ *Ibid.*, III, p. 560; V, 190-191.

⁷⁴ *Ibid.*, V, p. 768, 832, 854.

⁷⁵ *Ibid.*, I, p. 84.

⁷⁶ *Ibid.*, V, p. 911-912.

⁷⁷ Alamán, *Examen imparcial*, op. cit., p. 239.

no precisamente en el conocimiento de los hechos, sino en penetrar el influjo que éstos han tenido los unos sobre los otros; en ligarlos entre sí de manera que en los primeros se eche de ver la causa productora de los últimos, y en estos la consecuencia precisa de aquellos, con el fin de guiarse en lo sucesivo por la experiencia del pasado.⁷⁸

La erudición como fin en sí misma ciertamente no le interesa ejercerla; aprecia a los que lo hacen y fomenta por esa vía a estudiosos como García Icazbalceta. En la cita nos quiere decir que sin explicación no hay historia. El tipo de explicación que nos invita a seguir es la causalista. Y es que si entendemos el devenir como un encadenamiento de causas-efectos, supuestamente tendremos los elementos para conocer lo que sucederá en el futuro, de la misma manera que un médico puede saber el mal que aqueja al enfermo por los síntomas que padece, y puede determinar la evolución de la enfermedad.

Para ejemplificar cómo utiliza Alamán este tipo de explicación sintetizamos lo que dice sobre las causas que fomentaron los deseos independentistas: la independencia de Estados Unidos parecía un mal ejemplo para la América española; la Corona, al darse cuenta de este peligro, ejerció una vigilancia mayor, pero estos “temores parece que excedieron del motivo que realmente había de tenerlos”. Éstos aumentaron con la Revolución francesa y los escritos de la Ilustración. La Inquisición persiguió con más celo a peninsulares y criollos en las colonias, lo que provocó un mayor descontento, propiciando algunos intentos de revuelta (indio Mariano). La alianza con Napoleón obligó a medidas desacertadas para las colonias, la principal la enajenación de las fincas de fundaciones piadosas para que sus fondos fueran a la Corona (Consolidación de los Vales Reales): esta medida provocó la ruina de comerciantes y agricultores y un mayor descontento entre propietarios y clero. A esto se añadió el conocimiento sobre la Nueva España que dio Humboldt, formando entre los mexicanos “un concepto extremadamente exagerado de la riqueza de su patria, y se figuraron que ésta, siendo independiente, vendría a ser la nación más poderosa del universo”.⁷⁹ La guerra con Inglaterra hizo temer que esta nación fomentase el descontento entre los americanos. Como consecuencia, se aumentaron las tropas en Nueva España.

Este tipo de explicación causalista contradice su afán por la objetividad, por transmitir los hechos tal como sucedieron, sin la intervención del historiador:

⁷⁸ Alamán, *Historia*, op. cit., I, p. XI.

⁷⁹ *Ibid.*, I, p. 142.

Omitiré en cuanto lo permita la materia, toda observación propia, dejando que el lector ejerciendo su juicio, califique por sí mismo el mérito de cada acción, cuando esté instruido a fondo de su esencia.⁸⁰

Como parte de esa intención está un método riguroso que consiste en consultar todo lo escrito acerca de los hechos que plasma en la obra: preguntando a los que lo presenciaron, examinando los documentos fidedignos que encuentre y comprometiéndose a citar con exactitud las autoridades que le sirvan de fundamento. Pero, a pesar de este método riguroso, el historiador siempre está presente en la narración: no lo extrañamos nunca ni deja él que lo extrañemos.

La historia como tragedia

El tipo de explicación que prefiere Alamán en su *Historia* nos lleva directamente a adivinar otro elemento indispensable de su reconstrucción del pasado: el tipo de trama que guía su relato. Él explica las cosas por hechos que desembocan, que influyen o determinan unos a otros. Esta forma de explicar prefigura el desarrollo que tiene el arquetipo de la tragedia.

En la teoría de análisis historiográfico de Hayden White se establece la relación existente —afinidad electiva la llama— entre una explicación causalista (mecanicista) y un entramado trágico.⁸¹

El proceso de la tragedia —según Northop Frye— comienza cuando el héroe trágico —generalmente representado con un destino extraordinario, a veces casi divino— rompe un equilibrio en la naturaleza, o en la ley moral. Esta transgresión del orden tarde o temprano debe ser restaurada. El instrumento de esta restauración puede ser el destino, Dios, la fatalidad, la Providencia e incluso la casualidad. En *El paraíso perdido* de Milton, la “Caída de Adán” se inicia al comer éste la fruta prohibida. De un estado de gloria desciende al de la necesidad. El desenlace de la tragedia deja en el espectador la impresión de la supremacía de un poder impersonal y de la limitación del esfuerzo humano para enfrentarlo; pero también siente que hay una ganancia en la conciencia, en el reconocimiento de aquello que es y que debe ser: la supremacía de la ley de la naturaleza.

En la *Historia* el héroe trágico es la propia nación mexicana, y el

⁸⁰ *Ibid.*, I, p. V. En otras ocasiones expresa esta idea: *ibid.*, V, 671n.

⁸¹ Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 22, 38-39.

acto que inicia su “Caída” es la revolución de independencia. En ella se atentó contra el orden colonial que representaba el estado de gracia, durante el cual el país realmente prosperaba. La transgresión consistió no tanto en la búsqueda de la independencia sino en la pretensión de destruir en su totalidad un sistema “establecido y sucesivamente mejorado por la sabiduría y experiencia de tres siglos”; un hombre que repudiaba los cambios violentos no podía encontrar en la revolución iniciada en Dolores más que destrucción y muerte.

La condición desdichada del México de su tiempo no es más que el precio de haber transgredido ese orden. Así, ve en el hecho casual de que la ciudad de México fuese ocupada por las tropas norteamericanas el 15 de septiembre un “castigo ejemplar” de la Providencia.⁸² Como en una tragedia, apreciaba que la única ganancia es tomar conciencia de esta condición, y no seguir atentando contra las bases de ese orden: la religión, la moral, las tradiciones. Ése es el sentido de las conclusiones de su *opus magnum*.

Si la causalidad es la explicación paradigmática de nuestro autor, la guía que conduce su relato, en el sentido del cuento que nos cuenta, es la fatalidad, de la que dice en el tomo I:

llamaban los antiguos fatalidad, o decretos irrevocables del destino, a este encadenamiento de sucesos que naciendo los unos de los otros, parece que van arrastrando los primeros a los que siguen y éstos a los últimos de una manera irresistible, contribuyendo a precipitar a una nación a su final exterminio los errores, las omisiones, los crímenes y hasta las virtudes de los hombres, y sirviendo para llevar las cosas al último extremo, aquellos mismos medios que se emplearon para evitarlo. Nosotros, guiados por las verdades de la fe cristiana, debemos reconocer y adorar en todos los sucesos humanos los decretos de la Providencia divina, que por fines inexcrutables a nuestra limitada capacidad, deja en juego las pasiones de los hombres hasta que le conviene contenerlas, y desbaratando sus planes por los medios más inopinados, sabe sacar bien del mal y todo lo conduce por senderos que no podemos penetrar.⁸³

Pienso que el primer concepto (fatalidad) lo asocia más a la temporalidad de su objeto de estudio, mientras que el segundo (la Providencia) es su fe, la que tiene que ver más con el hombre religioso y que en última instancia le da cierta esperanza a una situación que parece insoluble; es su cura contra el pesimismo y la desesperación, pero es sólo eso, un paliativo, un pequeño haz de luz que apenas se entrevé. En

⁸² Alamán, *Historia*, op. cit., I, p. 225; IV, p. 480.

⁸³ *Ibid.*, I, p. 345.

su relato pone más énfasis en la fatalidad que en la Providencia. La primera la encuentra y la significa en infinidad de presagios.

Alamán se identifica con los pensadores y escritores que vieron más allá de su tiempo, que supieron ver esa fatalidad prediciendo lo que después sucedería. Su afinidad con Burke no es solamente ideológica, lo admira como profeta; nos dice que éste, en sus *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*,

con tanta precisión anunció desde los primeros síntomas de la revolución de Francia, todas las consecuencias que ella iba a producir...⁸⁴

Lo mismo piensa del conde de Aranda, quien previendo la disolución del imperio español en América, propuso a Carlos III la creación de cuatro monarquías en el continente.⁸⁵

Él mismo se sentía profeta, aquel que es tachado de exagerado, pesimista, aguafiestas, pero a quien finalmente el tiempo le daría la razón.

El destino se vuelve fatalidad cuando no sólo los errores de los hombres conducen a un final trágico, sino incluso sus virtudes: los actos de los hombres que buscan evitar ese final y no hacen sino precipitarlo, son las medidas bien pensadas que fatalmente conducen a lo contrario para lo que fueron dispuestas:

sirviendo para llevar las cosas al último extremo, aquellos mismos medios que se emplearon para evitarlo.

Esta trágica ironía es una constante en la *Historia*. Por ejemplo, al pintar la situación de Nueva España en septiembre de 1810, refiere cómo las medidas que la Corona implementó para satisfacer las demandas de los criollos no hicieron más que confirmar en éstos la justicia de las mismas y así fomentar más el deseo de independencia. Sin embargo, esta resolución era impracticable con un movimiento dividido, en el que sus dirigentes sólo se guiaban por sus intereses; cuando el Congreso de Chilpancingo intentó zanjar las diferencias entre dos jefes (Rayón y Rosáins), las medidas que dispuso “en vez de remediar el mal no hicieron más que aumentarlo”.⁸⁶

En una tragedia nadie gana. Alamán nos dice que todo parecía conspirar a la ruina de la Nueva España, pero estaba tan firmemente cimentada que todavía pudo resistir los más furiosos embates.

⁸⁴ *Ibid.*, V, p. X.

⁸⁵ *Ibid.*, I, p. 126-127.

⁸⁶ *Ibid.*, IV, p. 107.

Sin querer caer en un reduccionismo absurdo —sobre todo tratándose de una obra tan completa y tan compleja como la *Historia*—, pero a su vez con la convicción de que una imagen o una metáfora nos ayudan a aprehender una realidad de una forma nítida y clara, me atrevo a imaginarme toda la construcción alamanista en la metáfora con la que su autor compara el dominio español en México:

Semejante a aquel antiguo roble de que habla Virgilio, que atacado por los leñadores que a porfía intentan derribarlo, aunque casi cortado su tronco, resiste todavía a los repetidos golpes de la hacha; sacude con majestad su elevada copa y vencido por fin, arrastra en su caída a los mismos que lo derribaron.⁸⁷

El orden colonial, igual que el roble, feneció; fue sacudido por las medidas desacertadas provenientes de España —tanto del absolutista Fernando como de las Cortes liberales— y los liberales españoles perdieron porque finalmente debieron sujetarse a Fernando; éste al morir dejó como herencia nefasta una guerra de sucesión; la insurgencia que hizo cimbrar al roble y provocó una guerra que destruyó al país finalmente fue derrotada; pero —se lamenta— el país quedó sin elementos para construir unos nuevos cimientos y la consecuencia de todo ello es que la única herencia que ha quedado es el caos iniciado en Dolores. Nadie ganó con esa guerra, y sus consecuencias fueron desastrosas para todos.

Los personajes: hombres de estatura ordinaria

En el reparto de este drama no hay lugar para una figura heroica dominante. Es más, el adjetivo es difícil de encontrar en la narración alamanista. Más bien son hombres débiles, dominados por sus propios vicios y ambiciones; incapaces de generar o de provocar una respuesta sostenida y de transformar el rumbo de las cosas. En el prólogo al tomo V dice que presentará a los hombres tal como él los conoció:

No he presentado por lo mismo colosos... porque no he encontrado más que hombres de estatura ordinaria, ni he atribuido a grandes y profundas miras, sucesos que se explican naturalmente por otros contemporáneos, y que no sólo no presentan nada de heroico, sino que más bien fueron originados en causas poco nobles.⁸⁸

⁸⁷ En la *Eneida*, lib. 2, vers. 626. *Ibid.*, I, p. 346.

⁸⁸ *Ibid.*, V, p. X.

Esta afirmación puede aplicarse de igual manera a los volúmenes anteriores.

De los virreyes que aparentemente gobernaron entre 1808 y 1810 opina lo siguiente: Iturrigaray era un corrupto: “desde que fue nombrado virrey, su objetivo principal no fue otro que aprovechar la ocasión para hacerse de gran caudal, y su primer acto al ir a tomar posesión del gobierno, fue una defraudación de las rentas reales”.⁸⁹ Pedro Garibay era hombre de corta capacidad, débil, que no supo granjearse la confianza de ningún partido, por el contrario, no quedó bien con ninguno. El arzobispo Lizana y Beaumont no corrió con suerte en un momento de gran agitación.

De los primeros insurgentes sus opiniones son bastante despectivas: a Hidalgo —dice— sus compañeros del colegio “le llamaban ‘zorro’, cuyo nombre correspondía perfectamente a su carácter taimado”.⁹⁰ Nos lo presenta como un cura desobligado, dedicado a traducir obras del francés, a las diversiones y el juego. Allende, con buena presencia y valeroso, era sin embargo “muy inclinado al juego y a las mujeres y a toda clase de disipaciones”.⁹¹

A Calleja lo considera uno de los “hombres más notables que España ha producido en los últimos tiempos”,⁹² formó de la nada un ejército disciplinado, transformando a campesinos en soldados y oficiales competentes; tenía destreza e inteligencia, pero era malicioso, de carácter severo y pecaba de exceso de cautela: “acostumbrado a hacer todo a fuerza de dinero y más inclinado a seguir su opinión que a obedecer, contribuyó al progreso de la revolución que combatía”;⁹³ su inútil demora en Lagos dio tiempo a Hidalgo para aumentar sus fuerzas; igualmente grave fue su tardanza para marchar hacia Zitácuaro; pedía ayuda en exceso en momentos en que era más difícil conseguirla.

A personajes que cultivaron su amistad y tuvieron un pasado insurgente los trata bastante bien: destaca —con justicia— la generosidad de Nicolás Bravo al perdonar a prisioneros realistas aun después de saber que su padre había sido fusilado por ellos; lo califica de acto noble y generoso, como pocos hay en la historia.⁹⁴ Alaba la capacidad militar, el valor y la entrega de Manuel Mier y Terán, quien al recibir el indulto prefirió la pobreza a servir del lado de los realistas.⁹⁵

⁸⁹ *Ibid.*, I, p. 47.

⁹⁰ *Ibid.*, I, p. 351.

⁹¹ *Ibid.*, I, p. 356.

⁹² *Ibid.*, II, p. 546.

⁹³ *Ibid.*, II, p. 545.

⁹⁴ *Ibid.*, III, p. 260-261. Otras opiniones favorables a Bravo en *ibid.*, III, p. 371, y IV, p. 668.

⁹⁵ *Ibid.*, IV, p. 523, 515.

En cambio, a Guadalupe Victoria no lo baja de indolente: en su época de insurgente “con el carácter de abandono y de jactancia, de que después tuvo por desgracia de la república mayor ocasión de dar reiteradas pruebas, dejaba hacer todo, firmaba sin leer lo que se le presentaba”;⁹⁶ desmitifica que éste haya vivido en una cueva cuando el movimiento fenecía; dice que en realidad se ocultó en la hacienda de un amigo.⁹⁷

La historiografía ha exagerado el papel que da Alamán a Iturbide. Se ha considerado que éste es el héroe por excelencia en la *Historia de Méjico*. Su autor más bien se identifica con el movimiento que encabezó —el plan de Iguala y la pretensión de traer un monarca de la casa reinante española al país. Su simpatía está con la monarquía, pero con los borbonistas, no con los iturbidistas.⁹⁸ Ridiculiza constantemente la pompa de la corte.⁹⁹ Le parece más correcto llamar a este gobierno “sueño o representación teatral que imperio”.¹⁰⁰

En cambio, resalta su habilidad política como jefe de la revolución:

conoció el estado de la opinión pública; escogió el momento en que ésta estaba enteramente formada; abrió la carrera presentando el plan de Iguala en que supo conciliar todos los intereses; dio dirección al movimiento que había suscitado y vio en poco tiempo coronados sus esfuerzos, siendo él a quien se debió la emancipación de Méjico.¹⁰¹

El propósito de Alamán, consideramos, es dejar la imagen de un oportunista que conoció las circunstancias y se aprovechó de ellas para montarse sobre una revolución que tenía enormes posibilidades de triunfo.¹⁰² Por ejemplo, señala que la vuelta al constitucionalismo en España (golpe de Riego, 1820) abrió a Iturbide “un nuevo campo a su ambición de gloria, honores y riqueza”, justo cuando se encontraba en una difícil situación por la vida de disipación que llevaba entonces en la ciudad de México.¹⁰³

⁹⁶ *Ibid.*, IV, p. 230.

⁹⁷ *Ibid.*, IV, p. 641. Otras opiniones parecidas que nos muestran un Victoria indeciso, manipulado por todos, extravagante y ridículo, en *ibid.*, III, p. 323, V, p. 220, 739n, 824, 844.

⁹⁸ Esto es evidente en la descripción que hace de los dos partidos. *Ibid.*, V, p. 590.

⁹⁹ “La etiqueta que en Europa sólo se sostenía por la tradición y la costumbre, parecía ridícula en México, donde nunca se había visto nada semejante... La corte de los virreyes estaba reducida a la mayor sencillez... En la nueva corte todos ignoraban el papel que debían representar.” *Ibid.*, V, p. 616-617.

¹⁰⁰ *Ibid.*, V, p. 754.

¹⁰¹ *Ibid.*, V, p. 351.

¹⁰² *Ibid.*, V, p. 73.

¹⁰³ *Ibid.*, V, p. 56.

Como comandante realista en Guanajuato (1814-1816) aprovechó su puesto para monopolizar las transacciones comerciales en la ciudad: alegando la inseguridad en los caminos provocaba escasez de productos que él mismo compraba y luego revendía a precios exorbitantes. Esto afectó a la minería, de cuyo comercio vivía la familia Alamán, siendo ésta una de las que pidió su remoción.¹⁰⁴

Sin embargo, su actuación como militar realista le parece muy notable; señala su valentía, astucia y gran capacidad militar en distintos momentos: la batalla de Monte de las Cruces (1810), la captura de Albino García (1812) y la defensa de Valladolid (1813).¹⁰⁵

Señalé que en la *Historia* no hay héroes, sólo hombres de estatura ordinaria. De nuevo la excepción nos confirma la regla, y aquella es Morelos. Alamán lo considera “el hombre más notable que hubo entre los insurgentes”;¹⁰⁶ cuando él actuó la historia de la revolución de independencia “viene a ser la historia personal de Morelos, porque sólo en las operaciones de este caudillo se descubre un intento, un plan concertado, un designio bien o mal formado”.¹⁰⁷

En varias ocasiones señala que el mejor testimonio sobre las hazañas de este caudillo es el que ofrece el propio Morelos en las declaraciones que se le tomaron cuando se le enjuició:

No trató en ellas... de desfigurar los sucesos, ni de disculpar o disminuir la parte que en ellos tuvo; los refirió con buen orden, claridad y verdad, por lo que su historia no puede escribirse con más exactitud que tomándola de él mismo.¹⁰⁸

Alamán, en su afán por ser objetivo, nos presenta una galería de personajes de talla ordinaria, esclavos de sus pasiones y de sus ambiciones, volubles, por momentos grandiosos, virtuosos y magnánimos, pero pronto dispuestos a cualquier traición y bajeza. Y es que dice que así los conoció personalmente o bien así lo demuestran los numerosos documentos y testimonios que consultó. ¿Pero qué tanto los retratos que nos deja de éstos son en efecto reflejo de sus actos, de sus circuns-

¹⁰⁴ Debido a las acusaciones en su contra, el virrey Calleja decidió apartarlo del mando mientras se investigaban los hechos; pero, nos dice Alamán, el virrey no estaba dispuesto a perder un jefe importante, fue absuelto y se le permitió volver a ocupar el mando; pero Iturbide decidió no regresar y permaneció en la ciudad de México. *Ibid.*, IV, p. 42, 446-450.

¹⁰⁵ *Ibid.*, I, p. 477; III, p. 196-199; IV, p. 6-7.

¹⁰⁶ *Ibid.*, II, p. 314.

¹⁰⁷ *Ibid.*, III, p. 345.

¹⁰⁸ *Ibid.*, II, p. 314.

tancias, y qué tanto son motivados por odios, por rencores personales, por diferencias ideológicas? Indiscutiblemente hay algo de las dos cosas; no podemos desechar un deseo auténtico del autor por la objetividad, pero tampoco podemos dejar de reconocer una intensa carga afectiva con respecto a los personajes de su *Historia*. El odio, el desdén, la repulsión que siente hacia Hidalgo son muy comprensibles, sus movimientos lo afectó y cambió por entero su vida. ¿Pero en este odio, qué tanto influyó la amistad que su madre tenía con Hidalgo, misma que salvó a la familia del saqueo? Esto nos lo preguntamos porque si uno odia a alguien, lo que menos desea es deberle algo.

Aunque, de otra manera —su concepción del personaje es totalmente diferente—, también Iturbide (con sus negocios chuecos en Guanajuato) afectó a su familia, y también con éste tuvo amistad la madre de Alamán.¹⁰⁹

Pero volviendo a la pregunta inicial, sea que sus retratos se deban a su afán por la objetividad, o a motivos personales, lo cierto es que con tales retratos la imagen de una fatalidad, de un destino ineluctable, se vuelve dominante. Los hombres se convierten en meros títeres, en artífices de un camino impuesto y se abandonan a éste, incapaces de repetir la hazaña de Prometeo.

La versión conservadora de la historia

Cuando Alamán vuelve sus ojos a la historia cree que su vida pública ha llegado a su fin. Pero en verdad es cuando más se intensifica. Ya no tanto en la administración pública, pero sí en la lucha política. Justo cuando inicia la *Historia* comienza a publicar un nuevo periódico con el burkeano título de *El Tiempo* (1846). Éste —aunque de manera efímera— promueve la monarquía como solución para los problemas del país; pero, más importante aún, es el órgano por el cual va aglutinando y tomando forma el partido conservador. Después vendría *El Universal*, la presidencia municipal de la ciudad de México y la carta pidiendo el regreso de Santa Anna. Pero Alamán no sólo colabora definiendo los principios de ese partido, también construye una interpretación de la historia de México para éste, la cual no ha sido superada todavía por los propios conservadores.

¹⁰⁹ Sobre la amistad de su madre con Hidalgo, *ibid.*, I, p. 439. Sobre la de Iturbide dice que éste "...comía todos los días con mi hermano [Arrechederreta] y Navarrete en casa de mi madre, a la que llamaba Mamita. Esta amistad se entibió mucho por los sucesos posteriores [la petición para que lo retiraran de la comandancia en Guanajuato]". *Ibid.*, V, p. 55n.

En esta interpretación Alamán siempre recurre al contraste, a la comparación entre épocas, con el fin de resaltar aquello que le interesa; y casi siempre es para llamar la atención sobre las ventajas del pasado más remoto.

En este universo creado por Alamán el periodo colonial es visto como una Edad de Oro, pero con progreso:

la abundancia y prosperidad que se disfrutaba, constituía un bienestar general que hoy se recuerda en toda la América, como en la antigua Italia el siglo de oro... y más bien se mira como los tiempos fabulosos de nuestra historia, que como una cosa que en realidad hubo o que fue posible que existiese.¹¹⁰

Su visión del pasado colonial nos recuerda el universo concebido por Newton, como un gigantesco mecanismo de relojería guiado infaliblemente por el mejor de los relojeros: Dios. Alamán utiliza frecuentemente una metáfora para referirse a esta etapa:

Todos los resortes de esta *máquina*, que parecía complicada por su inmensa mole, pero que era muy sencilla en sus movimientos [dependía de una mano lejana, el rey, que no obstante hacía] sentir su impulso en todas partes... y era... obedecida con respeto y sumisión.¹¹¹

Como Alamán era muy consciente —tal vez demasiado— de la falibilidad de los hombres, le era muy placentero concebir el gobierno colonial como una máquina que funcionaba adecuada y regularmente; que cuando fallaba tenía sus propios medios de control y vigilancia, se autorregulaba: “el ejercicio de la autoridad estaba sujeto a prudentes restricciones: nada se había dejado al arbitrio de los hombres... y su manejo se examinaba por otras autoridades superiores”.¹¹² Este maravilloso sistema no fue obra de una sola concepción, se fue perfeccionando por varias generaciones. Sin embargo —considera— la adopción en España de las ideas ilustradas y los principios surgidos con la Revolución Francesa tuvo consecuencias desastrosas para sus posesiones en América; con la Constitución de Cádiz:

la laboriosa *máquina* de la administración de Indias, levantada con tantos esfuerzos, obra de la experiencia y del saber de tres siglos... había sido destruida de un solo golpe, por hombres que ni la conocían, ni acaso

¹¹⁰ *Ibid.*, I, p. 114.

¹¹¹ *Ibid.*, I, p. 83. También véase III, 127.

¹¹² *Ibid.*, I, p. 82.

habían leído su legislación primitiva [Código de Indias], dejando en su lugar el caos y la confusión más completa.¹¹³

Así, paradójicamente, esta máquina formidable fue atacada por los que debían cuidarla y aceptarla.

Otro elemento que atentó contra el orden colonial fue la revolución que inició Hidalgo, vista como “un levantamiento de la clase proletaria contra la propiedad y la civilización”.¹¹⁴ Enfatiza los efectos devastadores que tuvo, tanto para la economía como para la cohesión social del país. Por eso justifica que muchos sectores de la sociedad, no obstante que deseaban la independencia, combatieran a la insurgencia. Con profunda amargura concluye que “si la independencia no podía promoverse por otros medios, nunca hubiera debido intentarse”.¹¹⁵

En Alamán el elemento ético es dominante: el destino de la insurgencia tenía que ser el que fue porque estaba viciado de origen. Ésta es la diferencia sustancial entre la revolución de independencia y la conquista de México. Aquélla destruyó por el pillaje, la rapiña; ésta destruyó una sociedad que vivía en pecado y la redimió, construyó de sus cenizas una civilización. Por eso considera que las acciones heroicas de algunos personajes de la insurgencia resultaron inútiles; los esfuerzos de Morelos, Rayón, Bravo, Galeana, Mier y Terán, “todo fue infructuoso, todo se desvaneció ante el desorden, la anarquía y el espíritu de rivalidad, de egoísmo, de pillaje y de privadas ambiciones que fue el carácter de aquella revolución”.¹¹⁶

Con su obra quiere conjurar la visión de esa revolución como una guerra de liberación, el esfuerzo heroico de un pueblo en busca de la libertad; dice en la conclusión de la primera parte:

Los tomos publicados de esta obra han comenzado a levantar a *los ojos* de todos *el velo* que ocultaba la realidad de las cosas, y el presente contribuirá mucho a acabar de disipar el error en todos los que no quieren engañarse voluntariamente: pero al mismo tiempo este *golpe de luz* ha excitado la contrariedad de opiniones...¹¹⁷

¹¹³ *Ibid.*, III, p. 127. Otra metáfora con la que usualmente representa al mundo colonial y que ofrece la imagen de solidez, de raíces profundas, es la del roble, de la que ya hemos hablado.

¹¹⁴ *Ibid.*, IV, p. 723.

¹¹⁵ *Ibid.*, II, p. 219.

¹¹⁶ *Ibid.*, IV, p. 722-723. En otro lugar cita una carta de Calleja a Venegas donde reconoce el heroísmo de la gente de Morelos: “Si la constancia y actividad de los defensores de Cuautla fuese con moralidad y dirigida a una justa causa, merecería algún día un lugar distinguido en la historia.” *Ibid.*, II, p. 512.

¹¹⁷ *Ibid.*, IV, p. 724.

incitando —continúa— a los que quieren mantener el engaño a promover en forma artificiosa, con fondos públicos, los festejos del 16 de septiembre, y han ordenado erigir estatuas de Hidalgo:

Todos estos medios, buenos solamente para *deslumbrar* al vulgo ignorante o para servirle de diversión, no influyen en la convicción de gente de juicio, que *ve* las cosas en su esencia, y no dejándose *deslumbrar* con apariencias, sabe aplicar la crítica para encontrar la verdad y dar el mérito a quien verdaderamente lo tuvo.¹¹⁸

Es interesante el lenguaje que utiliza en esta conclusión, las metáforas con las que alude a la versión bustamantina de la revolución: como un *velo* que ocultaba la realidad; en comparación, su obra es la *luz* que ha permitido *ver* las cosas tal como ocurrieron; pero la luz puede *deslumbrar* y ése también ha sido el efecto producido por su obra. Parece decirnos que igual que cuando estamos en tinieblas, primero la luz deslumbra, pero después, ella permite ver, analizar, para descubrir la esencia de las cosas. Por medio de estas metáforas podemos apreciar claramente el efecto que esta interpretación produjo, y que era deseado y esperado por su autor.

Su descalificación de la insurgencia le sirve para resaltar (de nuevo el contraste) al movimiento que finalmente logró la independencia, debida a otros hombres, realizada por los mismos que hasta entonces la habían combatido. Sostiene que fueron las clases propietarias, el clero, el ejército, las que promovieron el movimiento independentista porque consideraron que la vuelta al constitucionalismo en España ya no garantizaba la seguridad de sus bienes. Fue, desde su punto de vista, un movimiento de restitución del antiguo orden, ejecutado magistralmente por Iturbide, quien mostró moderación y prudencia, virtudes que tanto extraña en la insurgencia.

Tan diferentes y antagónicas le parecen las dos revoluciones, que estructura su *Historia* con base en esa diferencia. La primera parte (tomos I-IV) la dedica al movimiento iniciado en Dolores, mientras que la segunda (tomo V) al surgido en Iguala. Y es entendible, ya que en su tiempo, dominado por las disensiones políticas, se intentó construir una interpretación reconciliadora, uniendo los dos movimientos en una sola lucha por conseguir la independencia, idea a todas luces absurda en la consideración de Alamán. También en este siglo se ha intentado cobijar a figuras como Villa, Zapata, Carranza y Obregón en el mismo templo: el Monumento a la Revolución.

¹¹⁸ *Ibid.*, IV, p. 725.

Pero, aunque la insurgencia haya sido derrotada, para la concepción alamanista ésta dejó una semilla, una mala semilla que paulatinamente acabó con todo espíritu de empresa, todo afán de nobleza, mismos que identifica con la presencia española en México;¹¹⁹ reconoce en el movimiento de La Acordada y el saqueo de El Parián todos los excesos que “se veían cuando entraban los insurgentes en una población”;¹²⁰ las reformas de 1833 le parecen injustas y absurdas; representan el fin de la garantía de la Unión: en ese año el congreso les privó a los españoles del derecho de ciudadanía.¹²¹ Prácticamente aquí termina su narración de los hechos; siente que ya cumplió su objetivo de concluir con el fin de las tres garantías; lo sucedido de 1835 a 1852 le lleva sólo seis páginas. Pareciera que la pluma le pesa, y efectivamente nos dice:

[Después ocurrieron] multitud de revoluciones de menor importancia, cuya relación sería tan desagradable y cansada para el lector, como penosa para el escritor, que animado de sentimientos patrióticos, tiene que referir sucesos que tan profundamente hieren el ánimo agobiado ya por la historia de todos los que les han precedido.¹²²

Otra semilla nefasta fue el sistema representativo, que él reduce a la ilusión de pretender resolver todos los problemas con declaraciones de falaces igualitarismos y con leyes ajenas a las costumbres del país. Considera que éste nació en México ya corrupto, “los cuerpos con carácter representativo, adolecieron entre nosotros desde su mismo origen, de los vicios que se observan en ellos en su decrepitud”.¹²³ Al juzgarlos en su conjunto, desde la consumación de la independencia hasta su presente (1852), señala:

ningún bien han hecho, ningún mal han escusado: alternativamente sediciosos, apáticos o condescendientes, han dejado dilapidar la hacienda nacional sin haber sabido o podido evitarlo.¹²⁴

Si al triste panorama de un presente sin esperanza (sobre todo después de la guerra con Estados Unidos) añadimos una visión de la

¹¹⁹ Al caracterizar la población de la Nueva España señala que los peninsulares hacían las fortunas y sus descendientes criollos las dilapidaban; siguiendo la lógica de este reduccionismo, concluye que la llegada de otros españoles era condición necesaria para la prosperidad de la colonia. *Ibid.*, I, p. 11.

¹²⁰ *Ibid.*, V, p. 842.

¹²¹ *Ibid.*, V, p. 860.

¹²² *Ibid.*, V, p. 870.

¹²³ *Ibid.*, V, p. 388.

¹²⁴ *Ibid.*, V, p. 939.

historia en la que impera la certeza de no poder alcanzar la Edad de Oro que antes existía, no es de extrañar la desesperación de nuestro autor, misma que lo lleva a ver a la historia como una vengadora implacable, que viene a castigar a los hombres por trastocar el orden de la naturaleza. En sus reflexiones sobre la revolución de Hidalgo dice que, como castigo ejemplar, la Providencia ha permitido que en 1847, “en los días en que escribo estos renglones”, el ejército de Estados Unidos, los días 15 y 16 de septiembre realizó y permitió un saqueo “como por recuerdo e imitación” de los realizados por Hidalgo.¹²⁵ En su tiempo la independencia había adquirido signos funestos; se discutía seriamente si había valido la pena el intento; Alamán piensa que:

la primera desgracia de nuestra independencia, la causa principal de que no haya producido mejores frutos, no es otra que haber nacido después de publicada y comenzada a ejecutar la constitución española, y que España quedó *harto vengada* del agravio que recibió con nuestra separación, dejándonos por herencia ese funesto presente.¹²⁶

A pesar de la fatalidad que lo abrumba, no quiere dejar sólo esta imagen, busca una luz, una esperanza; a ello se aboca en el último capítulo que es a la vez una profesión de fe; el reconocimiento de los errores es un primer paso para iniciar los cambios que necesita el país;

todo lo que ha podido ser obra de la naturaleza y de los esfuerzos de los particulares ha adelantado; todo aquello en que debía conocerse la mano de la autoridad pública ha decaído: los elementos de la prosperidad existen, y la nación como cuerpo social está en la miseria.¹²⁷

De todo ello se deduce, “y tiene todo el rigor de una demostración matemática: *las instituciones políticas de esta nación no son las que requiere para su prosperidad*”.¹²⁸ Pareciera que la demostración de este teorema fuese el fin último de sus cinco gruesos volúmenes.

Alamán escoge un pasado que debe ser rescatado, reverenciado: el mundo colonial, los valores y tradiciones hispánicos. De la misma manera, el futuro esperanzador que aquí nos muestra está determinado al cumplimiento del plan de país en el cual cree y que aquí expone. El

¹²⁵ *Ibid.*, II, p. 225. En otro lugar, al referirse a la personalidad, cruel e inflexible, pero valiente del realista español Pedro Celestino Negrete, exclama: “¡Tristes recuerdos de una época de sangre y de desolación, es verdad, pero de honor y gloria militar, que hacen más acerba la vergüenza e infamia de los sucesos recientes!” Y aquí pone una nota: escribe esto cuando termina la guerra con Estados Unidos, junio de 1848. *Ibid.*, p. III, p. 196.

¹²⁶ *Ibid.*, V, p. 489.

¹²⁷ *Ibid.*, V, p. 923.

¹²⁸ *Ibid.*, V, p. 923. *Cursivas del autor.*

tamaño de su esperanza está circunscrito a esas reformas. Pero como no tiene ninguna seguridad en cuanto al cumplimiento de esas condiciones, cuando expresa “basta que no se desespere en la salvación de la patria, para que se trabaje con empeño en procurarla”, parece una frase de aliento más destinada a sí mismo que a sus contemporáneos. Termina su obra con una invocación a la Providencia para proteger a la nación de tantos peligros a los que está expuesta, y que no se apliquen a México las palabras que Lucano dijo sobre Roma, “no ha quedado más que la sombra de un nombre en otro tiempo ilustre”.¹²⁹

Sus fuentes

Nada hubiera deseado tanto Alamán que haber sido el primero en historiar la guerra de independencia (1810-1821). Pero al menos le quedó el consuelo de que fuera Carlos María de Bustamante el que lo hiciera. Éste representaba un blanco fácil, al cual Alamán dirigió el grueso de su artillería historiográfica. Descubre, refiere —y se recrea al hacerlo— los errores de datos, de interpretación y de juicio que encuentra en el *Cuadro histórico* de Bustamante. Insiste en su preferencia por consultar los documentos originales y así evitar basarse en la reproducción que hace el oaxaqueño, dada su tendencia a citarlos en forma incompleta.¹³⁰

En su obra Alamán se burla constantemente de las fantasiosas explicaciones de Bustamante: por ejemplo, el asalto por sorpresa que los realistas intentaron al monte de Cópore, se frustró —según Bustamante— al dar la alarma a los insurgentes los ladridos de un perro que “jamás ladraba”. Pero lo que nos interesa de esto es la obsesión de Alamán, quien se ocupó en averiguar la veracidad de la anécdota: entrevistó a Filisola (quien participó en el asalto por parte de los realistas), el dueño del famoso perro, quien le dijo que éste simplemente se soltó del campamento, rastreó a su dueño y lo encontró, con los consiguientes ladridos de alegría, justo cuando comenzaba el asalto.¹³¹

Bustamante fue para Alamán el mejor incentivo para escribir su *Historia*. Representó todo aquello que no deseaba hacer. Si aquél utilizó un lenguaje florido, a veces desorbitado, éste fue parco y conciso; si aquél intercalaba los documentos con su narración, éste los puso como apéndices; si aquél tejió un relato caótico, difícil de seguir, lleno de

¹²⁹ *Ibid.*, v, p. 955.

¹³⁰ *Ibid.*, I, p. 500n.

¹³¹ *Ibid.*, IV, p. 270n. Otro ejemplo en IV, 194n.

digresiones, éste fue ordenado en extremo, en la cronología, en las apostillas, en las notas; pero sobre todo, y lo que es el quid del asunto, sus interpretaciones son radicalmente diferentes, mientras aquél busca enaltecer la insurgencia, éste la quiere denigrar.

El empeño de Alamán en desmentir a su antecesor es una de las grandes motivaciones de la *Historia*; de ahí el trabajo por cotejar infinidad de documentos en vez de tomarlos directamente de Bustamante. Al poner en evidencia sus deficiencias se provee de magníficas armas historiográficas para refutar la interpretación bustamantina, objeto principalísimo de su obra, el cual encubre con su insistencia en buscar la verdad y la objetividad.

Es en definitiva la interpretación de los hechos por lo que condena a Bustamante, y lo recalca en numerosas ocasiones, como cuando afirma que “hubiera hecho un servicio importantísimo a la historia y literatura nacional, si menos fanático por la revolución, hubiese dado en sus escritos más lugar a la imparcialidad y a la buena crítica”.¹³² La prueba de nuestra afirmación está en lo benigno que se porta con él en temas en que su visión de los hechos es coincidente; por ejemplo las campañas de Morelos, donde los cuestionamientos y críticas a Bustamante se reducen al mínimo.¹³³ Compárense en cambio las opiniones que le merece al tratar la revolución de Hidalgo.

Ningún otro autor es para él referencia obligada a lo largo de los cinco volúmenes, sólo Bustamante le merece este honor. Carmen Vázquez nos refiere la cantidad de veces que aparece su nombre en la *Historia*, más de trescientas.¹³⁴ Para las distintas etapas, temas y personajes que trata, utiliza muy diversas y variadas fuentes. Para describir la situación novohispana previa a 1808 utiliza frecuentemente el *Ensayo político* de Humboldt; en fray Servando Teresa de Mier aprecia su talento como agudo polemista, sobre todo en cuestiones legales; su crítica a la Constitución de Cádiz está basada por completo en este autor.¹³⁵

En cambio, el *México y sus revoluciones* de José María Luis Mora apenas lo menciona, mientras que sus *Obras sueltas* sólo le sirven para referir que ahí se encuentran reimpresas algunas obras de Abad y Queipo.¹³⁶

¹³² Ejemplos en *ibid.*, IV, p. 704.

¹³³ *Ibid.*, v. III, Libro V, cap. 2; v. IV, Libro VI, cap. 3.

¹³⁴ Carmen Vázquez Mantecón, “Prólogo” a Carlos María de Bustamante, *Apuntes para la historia del gobierno del general Antonio López de Santa Anna, desde principios de octubre de 1841 hasta el 6 de diciembre de 1844, en que fue depuesto del mando por uniforme voluntad de la nación*, México, Fondo de Cultura Económica-Instituto Cultural Helénico, 1986, p. XVII.

¹³⁵ Alamán, *Historia*, *op. cit.*, III, p. 104-135.

¹³⁶ *Ibid.*, I, p. 21, 22, 295.

Una obra muy citada, dice que por los documentos que contiene, pero más bien por tratarse de un miembro del partido español en los sucesos de 1808, es la de Juan Martiñena, *Verdadero origen de la revolución de Nueva España*; Alamán se identifica con esta obra que causó una gran polémica y una general indignación por considerarse injuriosa para los criollos americanos.¹³⁷

Sobre los sucesos en España, la obra más citada es la del conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Ya he señalado la importancia de los *Apuntes* de su hermano Arrechederreta; él, por ejemplo, es su fuente principal sobre las reacciones que en la sociedad mexicana causaban los cambiantes acontecimientos peninsulares.¹³⁸ La *Historia de la revolución hispanoamericana*, del liberal español Mariano Torrente, le sorprende por la cantidad de errores que contiene y por ello la utiliza con recelo.¹³⁹

Siguiendo seguramente el modelo que Prescott utilizó en la *Historia de la conquista de México*, Alamán pretendía ofrecer una especie de análisis historiográfico, con una biografía de los autores consultados y un juicio sobre el grado de confianza que cada uno le mereciese. Esto, prometido en el prólogo de su tomo I, finalmente no lo llevó a cabo en forma sistemática, pero aquí y allá va desperdigando datos sobre la vida de los autores, críticas a sus obras, casi todo en las notas; y lo hace sobre todo de los autores-actores de los hechos. No nos deja sin que conozcamos las aventuras y vicisitudes de fray Servando, Bustamante, William Robinson y Lorenzo de Zavala, por mencionar sólo algunos.¹⁴⁰

Para los acontecimientos que siguieron a la consumación de la independencia, uno de sus autores favoritos es Lorenzo de Zavala. En éste encuentra algo que le falta a él mismo, el chispazo irónico, el sarcasmo, elementos ideales para describir una serie de hechos que más bien le parecen una farsa. Así destaca la “picante” descripción que hace el yucateco de los ministros nombrados por la Junta Provisional Gubernativa, designaciones que le parecen a todas luces desacertadas; o bien, cuando refiere que Guadalupe Victoria no pudo incorporarse al congreso por ser perseguido político de Iturbide, éste,

según dice Zavala, con el estilo punzante y burlesco que a veces usa con acierto, [le hizo] un señalado favor a [Victoria], pues si hubiera podido

¹³⁷ *Ibid.*, I, p. 164n, 276-277, V, p. 168-169.

¹³⁸ Sobre Toreno, *ibid.*, IV, p. 124n; sobre Arrechederreta, IV, p. 146n, 152n.

¹³⁹ *Ibid.*, I, p. 481-482, IV, p. 409; sobre las preferencias políticas de Torrente, V, p. 788.

¹⁴⁰ Sobre Mier, *ibid.*, III, p. 64-66; Bustamante, III, p. 425, IV, p. 534, V, p. 407-408; Robinson, IV, p. 429, 438-439; Zavala, V, p. 577, 873-876.

darse a conocer en el congreso, no habría sido nombrado primer presidente de la república.¹⁴¹

También se vale de la *Reseña histórica* de José María Tornel, autor importante —se cuida en puntualizar— por estar mejor informado que otros debido a los puestos públicos que tuvo, pero señala estar en desacuerdo con él en la interpretación de varios acontecimientos; reconoce que su versión de la conspiración de Arenas (1827) es la más completa.¹⁴²

Alamán recurre a todo tipo de testimonios para formar y sustentar su *Historia*. Hace referencia a memorias, diarios, causas contra insurgentes (destacan las de Hidalgo, Allende, Morelos y la Corregidora), *Gacetas del gobierno*, partes militares; entrevistas y viajes que él mismo realizó para captar mejor un hecho de armas que le llame particularmente la atención (como el sitio de Cuautla); planos y mapas que le ayudan a transmitirnos tan vivamente no sólo los acontecimientos en el tiempo, sino también en el espacio, con las características especiales de cada región, de cada lugar, tan distintos entre sí; donde la única semejanza era que en esos escenarios los mexicanos se mataban unos a otros.

Repercusiones

Las expectativas del autor sobre el recibimiento de su obra se cumplieron cabalmente. El impacto fue inmediato y las repercusiones que ha tenido en la historiografía mexicana aún perviven. Logró —entre otras cosas— algo que siempre buscó, consciente e inconscientemente, que se hablara de él, pero con apasionamiento, que no pasara al olvido como tantos *personajes de estatura ordinaria* que conoció. Y, en efecto, como lo ha señalado Arturo Arnaiz y Freg, la *Historia de Méjico* y su autor han suscitado comentarios encendidos, unos ensalzándolo y otros vituperándolo, ambos en exceso.¹⁴³ Dentro de los primeros está Arrangoiz quien reconoce copiar literalmente amplias partes de la *Historia*, “obra notabilísima” —dice—, en la cual su autor da “tan insignes testimonios de veracidad, recto juicio y crítica severa e imparcial”.¹⁴⁴ José María

¹⁴¹Sobre la designación de los ministros, *ibid.*, v, p. 362-363; sobre Victoria, v, p. 511.

¹⁴²*Ibid.*, v, p. VII, 825.

¹⁴³ Arturo Arnaiz y Freg, “Alamán en la historia y en la política”, *Historia mexicana*, v. III, núm. 4, 1953, p. 241.

¹⁴⁴ Francisco de Paula de Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*, México, Porrúa, 1985 (Sepan cuántos, 82), p. 9.

Liceaga más que rectificar a su paisano busca aclarar, puntualizar algunos datos, más de erudición que de interpretación; es más un complemento que una impugnación, pues considera la *Historia* como la obra más completa en su género.¹⁴⁵ Para José Vasconcelos, Alamán es el paradigma de la nobleza, la inteligencia y sobre todo la valentía que clama en medio del canibalismo político, del militarismo, que pregona en el vacío porque dice verdades amargas; sentía que ambos eran víctimas por atreverse a decir la verdad.¹⁴⁶ Mariano Cuevas por su parte lo considera “historiógrafo de primera fuerza”.¹⁴⁷

Del otro lado, la historiografía liberal, preocupada por crear una conciencia nacional, lo ha calificado de parcial, “hábil y diestro para omitir y callar cuanto pudiese contradecir sus personales opiniones”.¹⁴⁸ Julio Zárate —a pesar de copiarlo *in extenso*— lo acusa de denigrar la guerra de independencia “no con el frío análisis del filósofo sino con la ciega y arrebatada pasión del partidario”; para ello adultera los hechos, simula que no los conoce, oculta dolosamente la información, y frecuentemente, con el fin de manchar la memoria de los insurgentes, les atribuye propósitos inconfesables por ser criminales.¹⁴⁹ Justo Sierra critica lo mismo, aunque sin la virulencia de Zárate. Le importa no tanto calificar la denigración de esta gesta, como hacer ver el error político que significó para los propios conservadores insistir en atacar una guerra vista por el pueblo como una leyenda heroica.¹⁵⁰

En tiempos más recientes se ha intentado rescatar la *Historia* por su erudición; María del Carmen Velázquez señala:

La información que él usa para apoyar sus aserciones tiene carácter permanente y será siempre válida; su interpretación es cosa distinta.¹⁵¹

¹⁴⁵ José María Liceaga, *Adiciones y rectificaciones a la Historia de México que escribió D. Lucas Alamán*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, edición facsimilar de la primera: Guanajuato, Imprenta de Serrano, 1868, p. VI-VII.

¹⁴⁶ José Vasconcelos, *Breve historia de México*, México, Editorial Continental, 1956, p. 315-322.

¹⁴⁷ Mariano Cuevas, *Historia de la Iglesia en México*, México, Ediciones Cervantes, 1942, t. V, p. 370.

¹⁴⁸ Juan de Dios Arias y Enrique de Olavarría, *México a través de los siglos*, v. IV, México, Ballezá, 1889, p. 104. Una opinión similar la encontramos en José María Bocanegra, *Memorias para la historia del México independiente*, México, Fondo de Cultura Económica-Instituto Cultural Helénico, 1986, v. I, p. 6-7.

¹⁴⁹ *México a través de los siglos*, t. III, México, Ballezá, 1889, p. 223, 226, 228.

¹⁵⁰ Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977, p. 255.

¹⁵¹ María del Carmen Velázquez, “Lucas Alamán, historiador de México (1792-1853)”, en *Estudios de Historiografía Americana*, México, El Colegio de México, 1948, p. 401.

Todavía en 1991 Gastón García Cantú veía en la inauguración del “Instituto de Investigación Económica y Social Lucas Alamán” el olvido de la historia nacional, una afrenta al padre de la Patria y un reconocimiento al mayor adversario de la independencia, de la democracia y del anticolonialismo.¹⁵²

Alabado o condenado, Alamán es aún referencia obligada en la historiografía mexicana. Y esto se debe no sólo a las controversias que levanta su interpretación de la historia, pues los mexicanos continuamos, por suerte, sin seguir su consejo de la cautela —que por otra parte él fue el primero en ignorar, porque en el fondo sabía que de ese material está hecha la historia: de la polémica, del desacuerdo. Es ilusorio, ingenuo, pretender tomar de él sólo los datos, sólo los hechos. Su visión del proceso histórico nos inunda, nos conmueve y nos provoca, de la misma manera que un drama o que una tragedia. La *Historia de Méjico* ha pervivido no tanto por los datos que contiene o por lo erudito de la investigación, sino por la coherencia formal que tiene la obra; porque al leerla nos sentimos espectadores de la grandeza y caída de un héroe trágico: la nación mexicana; igual que en una tragedia, el lector-espectador se identifica con los sufrimientos del héroe; pero al mismo tiempo se da cuenta de la culpa de éste y del castigo ineluctable que le espera, pues la transgresión de una ley natural o divina siempre es castigada; con el reconocimiento de esa culpa por el héroe viene el desenlace y con él un sentimiento catártico en el espectador, entendido éste como la purificación después de una serie de emociones fuertes y violentas. De hecho, la catarsis queda explícita en el autor del drama: el último capítulo de la obra es el reconocimiento de las fallas y errores cometidos, así como una propuesta para reestablecer el equilibrio perdido, para recobrar el paraíso.

Sin duda, la más sólida construcción que llevó a cabo Alamán, aquélla por la que logró el tan anhelado y tantas veces frustrado reconocimiento, fue su interpretación sobre la historia de México, en especial la de la revolución de independencia. La trascendencia la consiguió no por su obra como empresario e impulsor de una industria nacional, o como creador de instituciones culturales y educativas, sino por su escritura de la *Historia de Méjico*. De esta obra puede decirse, parafraseando lo que su autor concluía sobre el sitio de Cuautla: el triunfo fue para los realistas, pero la gloria fue para Morelos.

¹⁵² *Excélsior*, 12 de abril de 1991.